



**BURTON
HARE**



ESPIA A LA FUERZA

La mayoría de los pasajeros habían desembarcado ya. La pasarela estaba desierta y el oficial descendió por ella, encaminándose a las oficinas de la Aduana.

Scott Jordan, acodado en la borda, le siguió distraídamente con la mirada. Un cigarrillo humeaba entre sus labios. No parecía muy seguro de lo que debía hacer.

Las sombras del anochecer se extendían sobre el puerto. Más allá de él, en todo lo que alcanzaba la vista, los millares de luces de San Francisco parpadeaban, como impacientes por la oscuridad total que tardaba en llegar. En lo alto, el brillo de Telegraph Hill semejaba presidir aquel torrente de luz.

Un hombre se aproximó a Jordan procedente de una escotilla.

—¿Qué le pasa, quiere sentar plaza de marinero, Jordan?



Burton Hare

Espía a la fuerza

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1011

ePub r1.0

Lds 30.01.18

Título original: *Espía a la fuerza*

Burton Hare, 1969

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La mayoría de los pasajeros habían desembarcado ya. La pasarela estaba desierta y el oficial descendió por ella, encaminándose a las oficinas de la Aduana.

Scott Jordan, acodado en la borda, le siguió distraídamente con la mirada. Un cigarrillo humeaba entre sus labios. No parecía muy seguro de lo que debía hacer.

Las sombras del anochecer se extendían sobre el puerto. Más allá de él, en todo lo que alcanzaba la vista, los millares de luces de San Francisco parpadeaban, como impacientes por la oscuridad total que tardaba en llegar. En lo alto, el brillo de Telegraph Hill semejava presidir aquel torrente de luz.

Un hombre se aproximó a Jordan procedente de una escotilla.

—¿Qué le pasa, quiere sentar plaza de marinero, Jordan?

Ladeó la cabeza y le sonrió al segundo oficial, con el que había intimado durante el largo viaje.

—No, gracias —dijo indeciso—. Trataba de decidirme a desembarcar, eso es todo. Me siento como un extraño en mi propia ciudad.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Tres años..., pero realmente son cinco, ya que primero permanecí dos en Japón, agregado a una unidad de asalto. Luego, Vietnam... y el infierno.

—Comprendo. ¿Le han llevado el equipaje a tierra?

—Sí, todo está bien. Creo que..., que me iré ahora.

—¿No tiene familia alguna, Jordan?

—En absoluto.

—Ya veo..., le costará readaptarse. A todos les cuesta por lo que oigo decir.

—Sí.

Abandonó el apoyo de la borda. El oficial le acompañó hasta la pasarela y allí se estrecharon las manos efusivamente.

—Buena suerte, Jordan.

—La necesitaré.

—Está amargado, ¿eh?

—Algo así. Tres años de pesadilla no se olvidan fácilmente. Bueno, no importa. Hasta la vista.

Descendió y cuando pisó tierra se detuvo en seco. Jamás había sido un sentimental. Realmente, se había burlado incluso de los que contaban sus emociones al regreso de breves permisos.

No obstante, ahora una extraña emoción le embargó, dominándole. Aquélla era su ciudad, la que tantas veces creyó no volver a ver jamás porque la muerte aleteaba tan cerca de su cabeza que era más fácil dejarse vencer por ella que luchar por sobrevivir...

Y ahora estaba «en casa».

¿En casa de quién?

El no tenía casa. No quedaba nada de un pasado más bien amargo y triste.

Olvidarlo.

Eso era; olvidar el pasado, tanto el lejano como el más inmediato.

Las luces de los muelles relampaguearon de pronto, encendiéndose todas a la vez. Eso le decidió a salir de su inmovilidad y anduvo cansinamente hacia la Aduana.

A su izquierda se erguía una gran estiba de fardos, y más allá de ellos había otros formando otras montañas hasta perderse en la oscuridad.

A la derecha, una valla de madera cercaba el área donde otro buque absorbía a los excitados pasajeros, impacientes por pisar la cubierta.

Se detuvo unos instantes contemplando el ajetreo. La gente se agolpaba al pie de la pasarela y en las puertas de la estación marítima. Un sordo rumor de conversaciones tensas se elevaba por encima de los otros ruidos del puerto.

De pronto, el rumor fue roto por los pasos de alguien que corría desesperadamente. Scott volvió la cabeza, inclinándose sobre la

valla de madera. Vio una oscura sombra deslizarse a saltos por entre los bultos y equipajes amontonados en espera de su embarque.

Era un hombre sin duda alguna. Incluso pudo escuchar su violento jadeo.

De entre los equipajes brotó de pronto otra figura, un poco inclinada hacia delante como si examinara las etiquetas de cada maleta y de cada baúl.

El hombre que corría varió de rumbo dirigiéndose hacia la figura agachada, que al oírle llegar se irguió. Una larga cabellera oscura aleteó con el movimiento, revelando que se trataba de una mujer.

Jordan frunció el ceño, atónito. Contempló desde su observatorio el choque de los dos cuerpos y escuchó el grito de una mujer.

Antes que el grito se hubiera extinguido, él dio un brinco y salvó la barrera.

Entonces sucedió algo más. Escuchó un grito gutural mucho más allá de donde había tenido lugar el choque. Luego, una sucesión de disparos efectuados con silenciador. Pero él conocía bien aquel apagado sonido, sordo y ominoso, y no le cupo la menor duda de que varias armas disparaban a un tiempo. Una bala zumbó en su dirección y se incrustó en la madera de la valla.

Rugió de ira, porque de golpe se encontraba sumergido en una zarabanda de muerte y violencia, justamente cuando había ansiado no volver a oír nunca más aquel sonido salvaje de la muerte silenciosa a su alrededor.

Corrió agazapado. Las dos figuras, el hombre y la mujer que habían chocado, se debatían todavía en el suelo. Ella trataba de gritar, pero el mismo terror se lo impedía.

De pronto, el hombre dio un salto, brincó por encima de unos bultos y corrió en diagonal hacia el borde del muelle.

Las armas silenciosas desgranaron una vez más su infernal concierto, apagado y siniestro. El hombre se detuvo, abrió los brazos dando traspiés, y al fin cayó sin un grito.

Scott había llegado muy cerca de donde había tenido lugar la lucha entre el hombre y la mujer. Susurró:

—¿Está usted bien, señora?

Una voz que apenas oyó, gimió:

—¡Oh, no lo sé...; ese salvaje...!

—¡Huya!

—¿Qué?

—¡Huya de aquí, hay hombres disparando! ¿No lo oye?

Incrustó la cara en una lujosa maleta, cuando una bala casi le rozó los cabellos.

Se pegó materialmente al suelo. Avanzó rápido y silencioso como una serpiente, rememorando de nuevo las selvas plagadas de trampas y guerrilleros, donde la muerte podía llegar en cualquier momento y de un modo atroz.

Sólo que ahora estaba en otra clase de selva. Sus enemigos no habían sufrido el adiestramiento de los hombres del Vietcong. Uno de ellos se levantó, indeciso, apenas a tres pasos de Jordan. Éste, como en tantas otras ocasiones en los últimos tres años, sintió el primitivo instinto salvaje de la caza. Silencioso como un puma saltó en el aire.

Voló materialmente. El hombre no advirtió su llegada hasta que los dos pies le golpearon con un impacto estremecedor el centro de la nuca.

Se desplomó. Cayó de bruces incluso antes de que Scott hubiera logrado hacer una pirueta que le depositó de pie, agazapado y pronto a pelear.

Oyó una voz queda.

—¿Lo tienes, Barry, lo cazaste?

Se inclinó sobre el llamado Barry. Sintió un ramalazo de hielo al darse cuenta que estaba muerto, con el cuello roto por el salvaje golpe recibido. Quizá le habían adiestrado demasiado duramente en aquellos locos años...

Los pasos de otros hombres se aproximaron. Alguien corría y se oían voces más allá, cerca del borde del muelle. Debían haber descubierto el cadáver del primer fugitivo.

Vio las siluetas de dos pistoleros muy cerca. No podían ser más que pistoleros, caviló, porque la policía jamás actúa de semejante modo, y menos con silenciadores acoplados a sus armas...

Esperó, tenso, la mente vacía de todo otro pensamiento que no fuera luchar, pelear y matar, tal como le habían inculcado a lo largo de centenares de lecciones agotadoras. No es bueno pensar en nada más cuando la vida depende de la inmediata lucha, una pelea

silenciosa, en medio de la selva, detrás de las líneas del enemigo...

Uno de los que avanzaban masculló:

—¡Barry! ¿Dónde demonios...?

El otro gruñó:

—¡Cierra el pico! Hay gente allá delante...

—He visto caer al tipo, Cassidy.

—¡Cállate, maldito!

Scott Jordan se movió como un fantasma hasta colocarse en absoluto silencio tras el parlanchín. Su brazo volteó al tiempo que se impulsaba hacia delante.

El borde encallecido de su mano estalló en un lado del cuello del pistolero, y tras la mano su cuerpo se abatió también sobre su enemigo. Cayeron los dos, pero el hombre ya no se movió más.

El otro, Cassidy, se revolvió en medio del laberinto de maletas.

Jordan le arrojó un pequeño maletín, que le golpeó la mano arrancándole la pistola. Entonces, se levantó de un salto, gruñendo entre dientes.

El desconocido permaneció unos segundos indeciso, viéndole acercarse como un gran tigre.

De pronto dio un salto, volviéndose, y echó a correr como un gamo.

Tropezó en alguna parte con estrépito, cayó y volvió a levantarse como si hubiera rebotado. Jordan juró entre dientes y tanteó el suelo hasta dar con la pistola del fugitivo.

Era una «Luger» con un largo silenciador acoplado.

Pero la fuga del llamado Cassidy había atraído la atención de la gente y los policías del muelle. Los vio venir y suspiró.

Era una buena fiesta de bienvenida, pensó.

Además, ¿dónde estaba la mujer?

Un policía se aproximó con el revólver empuñado.

—¡Usted, venga aquí!

Obedeció, llevando la «Luger» sujeta por el cañón.

—¡Suelte la pistola! —rugió el policía.

La dejó caer al suelo y esperó. El revólver de regla; mentó le hurgó la barriga, mientras el guardia acercaba el rostro a su cara.

—De modo que usted es el pistolero que se cargó a ese pobre tipo, ¿eh? —le espetó.

Su aliento olía a diablos. Scott apartó la cara a un lado.

—No disparé. Lo mataron los otros.

—¡Seguro, seguro! Pero usted llevaba ese cañón en las manos.
¿Por qué?

Jordan trató de explicarlo, pero la llegada de otros policías lo impidió.

La confusión duró exactamente diez minutos, justo hasta que llegó otro coche y de él se apeó un oficial vestido de paisano.

Sólo entonces, Scott Jordan respiró con alivio.

Y comprendió el lío en que se había metido.

CAPÍTULO II

El teniente De Castro se pasó la mano por la cara sin afeitar en un gesto de fastidio o de impaciencia.

—De modo que según usted había una mujer en medio del tiroteo —gruñó.

Scott se encogió de hombros.

—Lo he repetido cien veces, teniente.

—La próxima será la ciento una. Alguien mató a un tipo de tres balazos en la espalda; alguien liquidó a otros dos rompiéndoles el cuerpo como si fuera una frágil caña, y usted estaba allí con una pistola tan grande como un bazooka en la mano. No espere que le de facilidades para enredar más las cosas, Jordan.

Éste suspiró. Había contado una y otra vez su historia sin omitir nada. Estaba cansado, fastidiado y tenso.

—Se me ocurre que estaba mejor en Vietnam —refunfuñó.

—Eso no nos importa. ¿Cómo lo hizo?

—¿Cómo hice qué?

—Matarlos con las manos desnudas.

—A uno lo maté con los pies.

—¿Pretende burlarse de mí?

—Es un golpe que nos enseñaron allá, teniente. Horas y horas de practicar sin descanso. Nos adiestraron para matar en todas las formas imaginables. Después nos lanzaron tras las líneas enemigas. Eso duró más de un año.

—¿Qué?

—La lucha en la oscuridad de la noche, en territorio dominado por el Vietcong. Teníamos que luchar, matar y sobrevivir, siempre de noche, siempre en silencio...

—Entiendo. Pero eso no responde a mi pregunta.

—Mire, le he dicho todo lo que sé, exactamente cómo sucedieron las cosas. Tómelo o déjelo, pero acabe de una vez. Estoy harto.

De Castro sacudió la cabeza.

—¿Qué pasó con la mujer? —insistió.

—No lo sé. Se largó mientras luchábamos, supongo. Yo mismo le dije que huyera porque alguien estaba disparando.

—Así que la vio usted, ¿eh?

—¿Yo? No.

—¡Maldita sea! Acaba de reconocer que habló con ella.

—Lo hice tendido en el suelo, entre los equipajes. Ella estaba un poco más allá, oculta por los bultos. Pero me respondió cuando le hablé. Es todo lo que puedo decirle de ella.

—¿Y de los asaltantes?

—No sé nada de ellos.

—¿Tampoco sabe nada del fulano que se hizo matar cuando escapaba?

—Ni siquiera le vi la cara. Era el tipo que chocó con la mujer, derribándola.

El teniente encendió un cigarrillo. Luego masculló:

—Es un asunto de locos... Usted reconoce que mató a los dos pistoleros.

—Sí.

—Con las manos desnudas.

—Ya le dije que...

—Está bien, está bien, no lo repita; a uno lo mató con los pies. ¿Por qué se metió en el embrollo, si no le iba nada en todo ello?

—No lo sé.

—Ésta es una buena contestación. Una respuesta para ir lejos.

—Fue instintivo. Primero, porque alguien atacó a una mujer. Después, porque los tipos empezaron a disparar con silenciadores, y esa lucha en la oscuridad despertó algo que yo deseaba olvidar... ¡Oh, maldición! Ya lo he contado antes.

Alguien llamó a la puerta y el teniente gritó una orden. Un agente uniformado asomó la cabeza.

—El capitán quiere verle inmediatamente, está en su despacho esperándole, teniente.

—Lo que faltaba... Quédese usted aquí con este angelito y no lo

deje salir.

Abandonó la oficina y el agente fue a sentarse en el sillón que acababa de quedar libre.

—¿Usted organizó la carnicería del muelle, muchacho? —espetó con curiosidad.

—Yo no preparé nada.

—¡Diablos, nada! Me han dicho que se cargó a dos rompiéndoles el cuello... Eso no lo hace un tipo cualquiera.

—¡Váyase al demonio!

—¿Está nervioso? Claro, cualquiera... después de despachar a dos fulanos apuntillándolos como a reses...

—¡Cierre la boca!

El agente se encogió de hombros. Jordan encendió un cigarrillo y permaneció quieto, tratando de no pensar en nada. Su llegada a San Francisco ya no pudo haber sido más espectacular... Tal vez fuera preferible largarse cuanto antes a otra parte.

Pasaron lentamente los minutos. Luego, el teniente regresó y fue a sentarse en el sillón, del que el guardia se levantó de un salto, abandonando el despacho.

—¿Qué sigue ahora, teniente? —rezongó Scott.

—Han surgido complicaciones. Hemos comprobado sin lugar a dudas que usted acaba de desembarcar, y que llevaba más de tres años sin pisar esta ciudad...

—Muy eficientes, desde luego —comentó con sarcasmo.

—También hemos sabido algunas cosas más sobre usted... y la unidad especial a que perteneció. ¿Sabe usted que de cada diez supervivientes de estas unidades, siete padecen de los nervios o son atacados por locura pasajera?

—Leí las estadísticas. Por eso me licenciaron, antes que a mí me ocurriera lo mismo.

—Tal vez le sucedió y mató impulsado por esos instintos.

—Se me antoja que es usted quien está mal de la cabeza, teniente.

—¿Sabe quién era el hombre muerto a balazos? —le soltó de repente, en un desconcertante cambio de tema.

—No.

—Un agente secreto.

—¡No me diga!

—Seguro. Un federal, agregado a los servicios de contraespionaje.

—¿Qué le parece? Y se hizo matar de la manera más estúpida... ¿Por qué atacaría a la mujer, teniente?

—No lo sé. Puede largarse, Jordan.

Scott dio un respingo.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto. Mató a dos tipos, pero no nos cabe duda que fue en defensa propia. Se celebrará una encuesta, como es lógico, y usted deberá presentarse para prestar declaración. No podrá salir de la ciudad y deberá darnos su dirección. Eso es todo por el momento.

—Ni siquiera sé cuál será mi alojamiento. Esto ha cambiado mucho desde que me fui.

—No importa; llámeme cuando lo haya decidido. Y recuérdelo, Jordan: no abandone la ciudad bajo ningún pretexto.

Asintió, levantándose. Pero antes de dirigirse a la puerta, preguntó:

—¿Qué le ha dicho su jefe para que haya adoptado esa súbita decisión, teniente?

—¿Qué? Nada..., nada referente a usted. Y ahora, lárguese y déjeme trabajar, ¿quiere?

Scott Jordan abandonó el despacho.

La calle, desierta, bajo la luz amarillenta de los faroles, se le antojó de mal agüero. Seguía tenso, nervioso y cansado.

En la calle Grant descubrió un rótulo vertical que anunciaba un hotel. Entró con gesto cansino.

El recepcionista le examinó con evidente desconfianza.

—Quiero una habitación con baño. Que de a la calle si es posible.

—¿Por esta noche solo, señor?

—No, pienso quedarme varios días. No sé cuántos..., depende de muchas cosas.

—Ya veo... ¿Me permite hacerle notar que no lleva equipaje, señor?

—Te lo permito —rezongó—. No voy a largarme sin pagar. Puedes mandar a alguien a la Aduana a buscar mis maletas.

Arrojó el resguardo sobre el mostrador. El empleado asintió con un gesto, impasible, y dio vuelta al libro registro para que firmara.

La habitación era espaciosa. Se le antojó un palacio, habituado como estaba a dormir sobre la hierba. Incluso en el camarote del barco le costó conciliar el sueño las primeras noches.

Desvistiéndose, se echó sobre las sábanas. Fumó un cigarrillo pensando en esto y aquello. Quizá fuera cierto que el hecho de estar acostumbrado a matar desequilibrase su sentido de las proporciones.

¿O estaba loco?

Tonterías. Arrojó el cigarrillo por la ventana abierta. Había peleado porque una mujer fue atropellada brutalmente. Después, las pistolas entraron en acción, obligándole a matar... No le dejaron alternativa alguna...; matar o morir..., morir o matar...

No pensar en nada más, vaciar la mente cuando se disponga a lanzarse sobre un enemigo. Y golpear primero.

Golpear duro, definitivamente, porque si les concede una oportunidad no lo contará usted...

Su mente era un caos. Luego, de pronto, se quedó dormido y todo se apaciguó.

Excepto las pesadillas de costumbre.

CAPÍTULO III

Terminó de ordenar su escaso equipaje en el armario. Encendió un cigarrillo y se aproximó a la ventana para contemplar distraídamente el ajetreo de la calle Grant.

Durante todo el día no había podido quitarse de la cabeza lo sucedido la noche anterior. No le cabía duda de que, accidentalmente, impulsado por sus instintos violentos desarrollados de modo atroz durante los años de lucha en las selvas de Vietnam, se había mezclado en una guerra sorda y siniestra sostenida por los servicios secretos de distintos países.

Decidió que tan pronto terminase la encuesta se largaría de San Francisco. Cualquier otra ciudad que fuera totalmente desconocida sería preferible para empezar de nuevo.

Apenas acababa de adoptar esa decisión, cuando sonó el teléfono.

Pensó en el teniente De Castro. Era el único que sabía dónde localizarlo, ya que esa misma mañana le había dado su dirección en el hotel.

Descolgó el auricular y gruñó mecánicamente:

—Diga...

—¿Se llama usted Jordan, Scott Jordan?

Dio un respingo, estupefacto, porque era la voz suave de una mujer la que formulaba esa pregunta.

—Sí —dijo—; ése es mi nombre. Pero ¿quién es usted?

—Nunca me ha visto, pero habló conmigo anoche... entre los bultos del muelle.

—¡Demonios, usted! ¿Cómo me localizó?

—Tuve mucha suerte..., usted saltó la valla, de modo que debía proceder del buque recién llegado. Después, entre el gentío, me

aproximé a usted y a los policías. Oí su nombre.

—¿Y...?

—Pregunté en la Aduana. Así supe que su equipaje estaba allí todavía, y entonces se presentó un empleado de ese hotel...

—Comprendo. Ahora, quizá quiera decirme por qué me ha llamado.

Hubo una corta pausa.

—Quisiera asegurarme de una cosa, señor Jordan...

—Scott está bien, no compliquemos las cosas.

—Como guste... ¿Usted era amigo del hombre que chocó conmigo?

—¿El tipo que mataron?

—Sí.

—¿Por qué lo pregunta?

—Prefiero que responda usted primero. Aquel hombre que me derribó murmuró algunas palabras extrañas mientras estábamos debatiéndonos por el suelo.

—Bueno, no comprendo qué tiene esto que ver conmigo...

Pero recordó que el individuo en cuestión había sido un agente secreto y aguzó el oído.

—Sólo quiero saber si usted y él eran... Bueno, amigos. Usted luchó contra los que le perseguían.

—Supongamos que él y yo fuéramos compañeros. ¿Qué importancia tendría eso para usted?

—Quizá mucha.

—Okey —decidió inopinadamente, sin saber muy bien por qué lo hacía—. Trabajábamos en lo mismo.

—Oh, entiendo...

—Bien, adelante. ¿Qué fue lo que usted oyó?

—No deseo hablar de ello por teléfono. Si pudiera usted reunirse conmigo esta noche...

—¿Dónde?

—No sé... ¿Qué le parece el bar del Embassador?

—Muy bien, pero ¿cómo la identificaré a usted?

—Eso no debe preocuparle. Yo le vi a usted muy bien anoche, cuando los policías le asediaban. ¿A las nueve?

—Perfecto.

—Hasta luego, Scott.

La comunicación se cortó antes que pudiera despedirse.

Depositó el auricular en la horquilla y se quedó mirándolo perplejo. Aquella cita era algo absurdo. Sintió la tentación de no acudir, o de informar al teniente De Castro y que él resolviera sus propios problemas. Luego, reflexionó que tal vez fuera agradable conocer a esa mujer de voz profunda y acariciadora.

Casi había olvidado cómo eran las mujeres occidentales. Sabía de la piel suave de las jóvenes vietnamitas, del reflexivo apasionamiento de las japonesas..., pero las mujeres de su propia raza eran un misterio para él en las actuales circunstancias.

Decididamente, acudiría a la cita.

Encendió otro cigarrillo y se tendió sobre el lecho, viendo morir la tarde a través de la ventana abierta. Vagamente, pensó en el inmediato porvenir, en que debía decidir su nueva línea de vida...

Pero pronto alejó esos pensamientos y volvió a recordar la voz sensual y subyugante que oyera por teléfono.

Sin duda alguna se trataba de una mujer joven.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Ladeó la cabeza y gruñó:

—Entre, no está cerrado.

La habitación estaba sumergida en penumbra. Quizá fue debido a esa falta de luz que no descubrió las pistolas hasta que los dos hombres hubieron cerrado la puerta después de pasar al interior.

Entonces se incorporó de un brinco.

—¿Qué infiernos significa eso? —Gruñó—. ¿A dónde creen que van con esa artillería?

—Tranquilo, Jordan, no dificulte más las cosas.

Avanzaron. Lentos, pesados y eficientes, lo bastante separados para que en caso de intentar cualquier cosa no pudiera atacarlos a los dos a la vez.

Las pistolas llevaban silenciador. Eso le aclaró algunas de sus dudas.

Sentado en el borde del lecho, paseó su mirada de uno a otro de los asaltantes.

—Bueno —dijo—. ¿De qué se trata?

—Usted lo sabe bien, Jordan. No nos haga perder tiempo.

El otro añadió:

—Cuanto antes terminemos, mejor para usted. Entiende lo que

quiero decir, ¿no es cierto, Jordan?

—Ni una maldita palabra.

—Lo quiere por el lado desagradable... Muy bien; levántese.

Obedeció, tenso y alerta. Hubiera dado cualquier cosa por tener un arma a mano, aunque sólo fuera un cuchillo..., uno de los afilados cuchillos utilizados en la selva...

—Usted logró ponerse en contacto con su compañero anoche, antes que lo matásemos. Él le pasó a usted una información escrita. Eso es lo que hemos venido a buscar.

—Están chiflados. Ni siquiera sabía quién era el tipo hasta que la policía me informó que se trataba de un agente secreto... Y no me dijo nada, porque en ningún momento estuve lo bastante cerca de él para que pudiera hacerlo.

El más corpulento emitió un juramento.

—Les vi a los dos rodar por el suelo. Luego, él escapó y usted peleó con mis hombres, matándolos...

—¡Infiernos! Usted es el tipo a quien desarmé arrojándole un maletín...

—Ni más ni menos. ¿Se convence ahora de que no puede engañarnos?

—Están equivocados, amigo; el tipo que huyó...

—¡Ya basta! Vigílalo mientras trato de hacerle entrar en razón. Si resiste, métele un plomo donde más le duela, pero sin matarlo todavía.

El otro no pareció muy conforme con las instrucciones.

—Es mejor que me lo dejes a mí. Conozco algunos trucos capaces de hacer hablar a un sordomudo de nacimiento... Encárgate tú de mantenerlo bajo control.

El más corpulento asintió con un gruñido. Scott se fijó en su falta de excitación, en su fría calma. Un enemigo muy peligroso.

Como contraste, el otro era temperamental, un hombre al que la violencia encantaba con toda seguridad.

Dijo:

—Van a cometer el mayor error de su vida. No quiero intervenir en esto..., a menos que me obliguen, naturalmente.

El aficionado a los trucos violentos levantó su mano armada con la pistola y la descargó como si fuera una maza.

Era un golpe demoledor capaz de romper el hueso donde hiciera

blanco. Sólo que entonces sucedieron algunas cosas fuera de programa.

El golpe no encontró su objetivo, porque Jordan se movió con la velocidad del relámpago. En cambio, unas zarpas como garras de acero se cerraron en torno a la muñeca armada cuando ésta apenas había tratado de frenar su impulso.

Las zarpas retorcieron salvajemente su presa. El cuerpo de Jordan giró en el reducido espacio de una baldosa. El pistolero dejó escapar un alarido espeluznante y antes de que pudiera iniciar un movimiento para aliviar la feroz torsión, su muñeca se astilló como una caña.

El alarido se multiplicó para cesar abruptamente, ahogado por el intenso dolor que los huesos rotos le producían. Jordan tiró de la muñeca rota hasta que el hombre golpeó su propio pecho.

El otro no se anduvo por las ramas. Disparó y la bala zumbó sobre las dos cabezas casi juntas. Repitió el disparo en el instante en que Scott se agazapaba detrás de su víctima...

El pistolero que le servía de parapeto gimió:

—¡No dispaes, Cassidy..., me vas a matar...!

Jordan soltó la muñeca rota. Un nuevo balazo sonó de aquel modo escalofriante, sólo que ahora el sonido se prolongó con el fofu impacto del plomo contra el cuerpo retorcido del herido.

Scott notó que su escudo se deslizaba de entre sus dedos. Antes de quedar al descubierto lo lanzó con un bárbaro empujón contra Cassidy y él se arrojó a un lado.

El choque de los dos cuerpos hizo retemblar las paredes. Cassidy luchó por conservar el equilibrio mientras retrocedía dando traspiés. Su espalda golpeó con terrible ímpetu contra la puerta al tiempo que Jordan se agazapaba al otro lado de la cama.

Cassidy recobró el equilibrio y le mandó otra bala. Scott la oyó barrenar el colchón. Furioso hasta la locura, Cassidy rugió:

—¡Salga de ahí o le mato sin más!

No tenía escapatoria. Se levantó, demasiado lejos de la almohada para tratar de arrojarla contra el pistolero.

Cassidy abandonó el apoyo de la puerta y masculló:

—¡Le haré pedazos antes de matarle, maldito bastardo del demonio! ¿Dónde está la relación que su compinche le entregó? ¡Rápido, no voy a poder contenerme mucho tiempo más antes de

matarle!

—No me entregó nada, Cassidy.

—¿Cómo demonios...?

—¿Su nombre? Lo escuché anoche.

—Entiendo..., sea como sea, encontraré esa relación sin su ayuda, Jordan, así que...

Sonó un seco estampido, el clásico ladrido de un revólver. De nuevo, Jordan se arrojó de bruces sobre la alfombra.

Pero Cassidy había dejado de interesarse por él. Dio una vuelta sobre sí mismo al recibir el impacto, pegó de cara contra la puerta y de modo instintivo la abrió.

Alguien rugió desde la ventana:

—¡Quieto ahí o le abraso!

Cassidy desapareció en el pasillo como un fantasma. El hombre de la ventana saltó al interior y gruñó:

—¡Jordan! ¿Me oye?

—Sí, claro...

—¿Está herido?

—No.

El desconocido ya no esperó más. Se lanzó a saltos hacia la puerta. No obstante, tropezó con el cuerpo retorcido del pistolero muerto y cayó rodando en medio de una sarta de juramentos. Cuando se levantó y salió disparado Scott, comprendió que Cassidy, a menos que su herida fuera muy grave, tenía tiempo de haber escapado.

Se levantó y encendió la luz. El disparo del revólver había alarmado al vecindario, y al otro lado de la calle las ventanas estaban pobladas de curiosos.

Jordan se asomó. Había pensado que el hombre había llegado hasta allí valiéndose de la escalera de escape, pero allí no había escalera alguna, sino una amplia cornisa que se prolongaba por toda la fachada, lo suficiente ancha para permitir el paso de un hombre..., de un hombre con nervios de acero, por supuesto, porque los doce pisos que había hasta la calle formaban un abismo estremecedor.

Se retiró de la ventana. Todo el hotel se había puesto en movimiento. Se oían voces y carreras, y gritos aquí y allá. Scott cerró la puerta y fue a examinar al caído.

Era un hombre de unos treinta años, corpulento y de rostro amazacotado. Sus ojos oscuros miraban al techo igual que bolas de cristal opaco.

Examinó sus bolsillos. Sólo llevaba un paquete de tabaco y un estuche de cerillas. Ni siquiera pudo encontrar una llave.

Apenas había vuelto a dejar el tabaco y el estuche en el bolsillo, cuando un puño aporreó la puerta. Abrió y el hombre del revólver pasó al interior, cerrando otra vez ante las narices del grupo de asustados huéspedes agolpados en el pasillo.

—Escapó —dijo el desconocido.

—Lo imaginé. ¿Qué demonios significa todo esto, y quién es usted, amigo?

—Eso vendrá después. Acabo de hacer una llamada por teléfono, de modo que tenemos que esperar un poco. ¿Cómo dejó entrar a esos dos asesinos?

—¿Qué? Yo no sabía quién llamaba. No tenía razón alguna para esperar semejante clase de visitas. Es usted quien parece saber mucho de todo esto.

—Sí, quizá debimos avisarle desde el principio —rezongó, preocupado.

—¿Avisarme?

—Olvídelo. Tenemos que esperar.

—Oiga, amigo; han convertido mi habitación en un campo de batalla. Lo menos que puede usted hacer es ofrecirme una explicación de todo este lío. Y una aclaración condenadamente buena para convencerme. Empiezo a darme cuenta que San Francisco es una jungla más peligrosa que las de Vietnam...

—Está en su derecho, por supuesto... De todos modos, lo sabrá usted todo dentro de poco. Nosotros estábamos seguros que alguien trataría de ponerse en contacto con usted..., teníamos la idea de sorprender a quien fuera que viniera aquí agresivamente. Sólo que no pudimos imaginar que la cosa sucediera tan pronto.

—Hasta ahora está hablando en certijos. Para empezar, ¿a quién se refiere cuando dice «nosotros»?

El hombre suspiró.

—A la División Federal de Contraespionaje, Jordan.

—Debí imaginarlo.

—Mucho me temo que de ahora en adelante deberá usted

colaborar con nosotros, ¿comprende?

—No.

El hombre sonrió sin humor.

—Le guste o no, amigo —dijo pausadamente—, se ha convertido en una codiciada pieza de caza para nuestros enemigos. Ésa es una clase de partida que no puede jugar usted solo, a menos que quiera verse sin cabeza de un momento a otro. Está claro, ¿no?

—Para usted, quizá.

—Caray, Jordan, no sea quisquilloso. Nosotros no deseábamos meter a gente extraña en este juego. Fue usted quien se mezcló accidentalmente y ahora es demasiado tarde para volverse atrás. Esos tipos le tienen en su lista. Irán a por usted de cualquier modo y sólo si colabora con nosotros tendrá probabilidades de escapar entero cuando esto acabe.

—Concretamente, maldito bastardo del demonio, lo que ustedes se proponen hacer conmigo es utilizarme como reclamo, ¿no es eso?

—Poco más o menos —rió el federal.

—Jamás me gustó el papel de chivo expiatorio. Pueden irse al infierno, usted y todos sus camaradas.

—Bueno, es su cabeza la que arriesga.

—Precisamente; no quiero que la utilicen como blanco si puedo evitarlo.

—Ahí está lo malo, Jordan..., que no puede usted evadirse. «Ellos» quieren cazarle, tanto si colabora con nosotros como si no. Piénselo y decida mientras llegan los demás.

Scott soltó una maldición y fue a sentarse en la cama.

Y desde luego, lo pensó «muy» detenidamente.

CAPÍTULO IV

El hombre que llevaba la voz cantante frisaría en los cuarenta años, era delgado y fibroso, de movimientos nerviosos y voz seca.

Desde la cama, Jordan le había escuchado, a él y a los otros dos que habían llegado juntos. El que le salvara la vida había apoyado el respaldo de una silla contra la pared y asistía a la escena como si la cosa no fuera con él.

Scott estaba furioso y no trataba de disimularlo.

—Le repito que no quiero meterme en este lío. Ya tuve bastante pelea en Vietnam, así que lárguense y solucionen sus propios asuntos sin complicarme a mí la vida. Eso es todo lo que tengo que decirles.

El hombre se llamaba Young, Virgil Young. Suspiró y sacó una tarjeta.

—Sea como sea —dijo—, le dejo mi tarjeta, Jordan. Podrá llamarme cuando precise ayuda..., porque va a necesitarla, y pronto. Ya no se trata de que nosotros queramos mezclarlo o no en este maldito caso; lo cierto es que ya está metido en él aunque no quiera. Nuestros adversarios creen a estas horas que usted trabajaba con el hombre que mataron. Están seguros que estableció contacto con él, y no le dejarán en paz.

—Les convenceré de lo contrario.

—No, Jordan, no sea ingenuo. Éste es una clase de juego en el que los argumentos no sirven de nada. Lo único que cuenta son las pistolas, la astucia y la violencia.

—Poco más o menos, igual que en las selvas infestadas de vietcongs —rezongó Scott entre dientes.

—Ciertamente, Jordan; y es también una guerra, silenciosa y siniestra que debemos ganar a toda costa.

—¿Por qué?

—Porque nuestros adversarios no nos conceden tregua. Son los hombres mejor entrenados del mundo, implacables hasta el límite de la resistencia humana, impulsados por siniestros designios, y que nos aplastarán si se les presenta la oportunidad.

—¿Rusos? —aventuró Scott.

—Rusos, chinos... y traidores que nos venden por un puñado de dólares, o para mantener ocultos sucios secretos de su vida. Se valen de cualquier resorte para obligarlos a colaborar.

Jordan sacudió la cabeza.

—Absurdo —gruñó—; debe haber alguna manera de convencer a esos bastardos que no sé una maldita palabra de este embrollo.

—No la hay, tómelo como quiera. Su única oportunidad es colaborar con nosotros.

—No.

Virgil Young ahogó una sarta de maldiciones. Su alto cargo no le permitía semejante clase de expansiones.

—Está bien, sólo pido al cielo que cuando llegue la ocasión tenga usted una oportunidad de comunicarse conmigo..., porque si la desaprovecha no vivirá.

—Eso ya lo dijo antes.

—Y lo repetiré un millón de veces si con ello consigo que usted comprenda la gravedad de su propia situación.

—Lárguense, ¿quieren?

El agente que permanecía sentado, con la silla recostada en la pared, se enderezó.

—Tiene usted la cabeza muy dura, Jordan —rezongó, levantándose—. ¿Quién le telefoneó, puede decírnoslo?

Scott enarcó las cejas. Pudo captar perfectamente el gesto de interés de los otros tres federales.

—¿De qué está hablando, Varney?

Earl Varney, el hombre que le había salvado la vida, gruñó:

—¿Cómo demonios cree usted que pude llegar tan a tiempo para sacarle las castañas del fuego?

—Dígamelo usted.

—¡Maldita sea, claro que se lo diré! Estaba en la habitación de al lado, pegado a un micrófono de contacto. Un chisme tan sensible que incluso podía oír su respiración, Jordan. Así escuché también su

extraña charla telefónica. Tengo sus palabras anotadas, así que no trate de negarlo.

—De modo que me tienen vigilado, ¿eh?

—Seríamos idiotas si no lo hiciésemos así intervino Young. —
Responda a la pregunta de Varney, ¿quiere?

—¿Por qué he de contestar? No les permitiré meter las narices en mis asuntos privados.

—Empiece a darse cuenta que la vida privada, para usted, se ha esfumado hasta que solucionemos este caso.

Young intervino de nuevo:

—No se trata sólo de su vida privada, Jordan. Es la seguridad de su país, de su patria lo que está en juego. Sólo por patriotismo debería prestarse gustoso a lo que le pedimos.

—Cambie de disco, ¿quiere? Todo eso está superado por mí. Me endosaron el mismo disco cuando me llevaron al pudridero de Vietnam. Patriotismo, defensa de la civilización y todo eso. Pero todo lo que me enseñaron fue a matar de mil modos distintos y tras esto me soltaron en el infierno. Y maté, ¿qué otra cosa podía hacer si quería seguir viviendo? Pero ahora sé que no maté por mi patria, ni por la seguridad de mi país...

—¿Y...?

—Me juré a mí mismo que si alguna vez me veía obligado a pelear, a matar, lo haría por una sola razón: yo. ¿Está claro?

—Ya veo.

Varney volvió a la carga.

—Todo esto está claro —dijo secamente—, pero no ha respondido a mi pregunta. Por teléfono concertó usted una cita, Jordan. ¿Con quién?

—¡Váyase al infierno!

—Era una mujer sin duda alguna. Y fue ella la que le llamó. Tengo la sospecha de que se trataba de la dama del muelle... ¿Me equivoco?

Scott sintió crecer su ira. Dominó a duras penas la tentación de mostrarse más violento todavía y sólo dijo:

—Vuelva usted a su micrófono, Varney. Tal vez oiga más cosas edificantes.

Young hizo una seña a sus hombres y se encaminó a la puerta, ceñudo y malhumorado.

Scott todavía le espetó:

—Han hablado ustedes durante horas, pero no me han dicho una palabra de lo que ha desencadenado este lío..., ¿qué es lo que buscan esos tipos?

—No lo sabemos. Nuestro agente sólo consiguió establecer una brevísima comunicación, para notificarnos que había obtenido una información sensacional, de una importancia como no se diera otra en toda la historia de espionaje en América... No pudo hablar más. Ahora sabemos que ya estaba acorralado.

—Entiendo. Cassidy habló de una relación.

—No sabemos qué clase de información es... En cuanto a ese nombre, Cassidy, si está herido no tardará en caer en nuestras manos. Cuídense, Jordan.

Se fueron y Scott vio cerrarse la puerta con el ceño fruncido y una mirada absorta en sus ojos. Se confesó a sí mismo que estaba desconcertado por completo.

Pero luego pensó que si tenía que pelear lo haría sólo por sus propios intereses y se sintió mejor.

Esperó, dando tiempo al grupo de federales para que se alejaran lo suficiente y luego salió a su vez silenciosamente.

Faltaban pocos minutos para la hora de la cita. No recordaba bien si por teléfono él había repetido la hora, en cuyo caso el espía del Gobierno estaría también enterado de ese detalle.

No pudo descubrir a ningún posible perseguidor, aunque imaginó que si había alguno apostado en las inmediaciones sería un individuo hábil y adiestrado. Echó a andar alejándose del hotel.

Vio pasar algunos taxis con la indicación de «libre», pero no hizo ningún ademán para detenerlos, porque otros también disponibles circulaban más atrás, lo que habría dado una oportunidad al supuesto seguidor.

Finalmente, cuando el reloj señalaba exactamente la hora de la cita, descubrió uno en la esquina de Forshet Place, sin que se viera otro taxi en las inmediaciones.

Lo tomó y ordenó abruptamente:

—¡Arranque y larguémonos de aquí, viejo!

El chófer dio un respingo, sorprendido. Pero el auto echó a correr calle abajo sin rumbo fijo.

Scott atisbo por la ventanilla trasera. Le pareció descubrir a un

hombre en la esquina que acababan de dejar, un hombre que miraba a su alrededor con desesperación.

—¡Tuerza a la derecha! —Gruñó.

—¿Sí? Es dirección prohibida. ¿Qué demonios cree que es esto?

—Está bien, tome la siguiente calle en ese caso...

—Oiga, ¿no estará usted metiéndome en un lío?

Se volvió en el asiento. El chóferladeaba la cabeza tratando de verle la cara.

—En todo caso —dijo, afectando un gran alivio—, el único que ha estado a punto de verse en un lío he sido yo. Uno nunca sabe cómo acabará una cita con una mujer... ¡Maldita sea!

—De modo que se trata de eso, ¿eh?

—Ni más ni menos. El marido llegó demasiado pronto.

El chófer soltó una risita. Sus recelos se esfumaron.

—Bueno, son cosas que pasan... ¿A dónde quiere que le lleve?

—Al Embassador.

Se recostó en el asiento. Pensó en la mujer que debía estar esperándole...

Realmente, ¿sería joven y bella?

CAPÍTULO V

El exclusivo ambiente del Embassador hubiera podido impresionar a Scott Jordan en otros tiempos. En la actualidad, lo único que le inspiró fue cierto desdén, provocado quizá por la altanería de los hombres impecables que lo frecuentaban y las sofisticadas mujeres que les acompañaban.

Cualquiera de ellas podía ser la dama del muelle.

Se encaramó a un taburete y pidió un *whisky*, saboreándolo después distraídamente.

De pronto, alguien se movió a su lado y susurró:

—Usted es Scott Jordan.

Ladeó la cabeza.

Enarcó las cejas al verla, porque superaba en mucho sus propias fantasías.

—Mi nombre es Sharon —añadió, instalándose en el taburete más cercano.

Reconoció la voz, aunque ahora soñaba suave y calmada, en contraste con la excitación del puerto, después del forcejeo.

Tenía unas piernas largas y finamente dibujadas. La corta falda las mostraba desde mucho más arriba de las rodillas, de modo que no hubiera dudas respecto a su perfección.

Scott dijo:

—No pensé que fuera usted así... a pesar de que abrigaba la esperanza de encontrarme con una mujer bonita.

—¿Que fuera cómo?

—Tim bella.

Sharon sonrió.

—Le aseguro que no vine para ser galanteada.

—Eso es algo que usted no puede evitar.

Hundió sus ojos en las grises pupilas de Scott, como si quisiera llegar a lo más profundo, de su pensamiento. Sus ojos eran tan negros como el suave cabello que se desplomaba sobre sus hombros. Unos ojos expresivos, vivaces, en los que brillaban chispas de luz.

—Dudé mucho antes de llamarle por teléfono —explicó de repente—. Y luego, he dudado más todavía antes de acudir a esta cita.

—Usted misma la fijó.

—Lo sé; pero tengo miedo, Jordan.

—Scott, recuérdelo.

—Sí, Scott...

—¿De qué tiene miedo?

—De todo... No comprendo nada de lo que está sucediendo. Hubo tres muertos anoche, en el puerto.

—Sí.

—Yo debía haber tomado el buque que zarpó una hora después del tiroteo...

Él se enderezó, interesado.

—¿Por qué no lo hizo?

—A causa del hombre que chocó conmigo... Mejor dicho, a causa de sus palabras.

—No lo entiendo.

—Debería usted entenderlo si trabajaba con él. Todo este asunto es muy misterioso... Creo que se trata de espionaje. ¿No es cierto?

—Sí.

—Lo imaginé desde un principio.

—¿No quiere beber algo?

Llamó al mozo y ella pidió un manhattan. No hablaron hasta que lo hubo saboreado lentamente.

—Dígame, Scott... ¿Fue usted quien mató a aquellos dos individuos, como dijeron los policías?

—Sí.

—Pero..., pero lo hizo sin armas. Oí los comentarios de los agentes mientras apartaban a la gente...

—También es cierto.

—¿Qué clase de hombre es usted, Scott?

Él se encogió de hombros.

—Dejemos eso —gruñó—. No me citó usted para hacerme mi

biografía.

—Lo siento, no quise...

—Perdóneme, no quise ofenderla, de veras. De un tiempo a esta parte me he vuelto agresivo e inestable... Lo lamento, Sharon.

Ella sonrió. No dejaba de mirarle ni un instante.

Scott dejó resbalar la mirada. Una vez más sintió una extraña opresión en la garganta porque desde muchos años atrás no gozaba de la compañía de una mujer tan hermosa como Sharon.

De pronto, se sorprendió a sí mismo al revelar:

—La engañé, Sharon.

Ella enarcó las cejas.

—¿Que me engañó? No comprendo, Scott.

—Le dije que trabajaba con el hombre que mataron, el tipo que chocó con usted. No es cierto. Ni siquiera le vi, y no supe quién era hasta que la policía me interrogó en la central.

—No puedo creerlo..., usted luchó desarmado contra los asesinos de aquel desgraciado..., los venció arriesgando su propia vida. No, Scott, no puedo creerlo —repitió con cierto apasionamiento.

—Mire, ni yo mismo sé muy bien por qué me complicué la vida metiéndome donde nadie me llamaba. Creo que fue cuando la oí gritar a usted...; después, las cosas se complicaron de mala manera, con los disparos y todo lo demás.

—Es absurdo... nadie hubiera arriesgado la vida de ese modo sin un buen motivo.

—Es usted libre de creerlo o no pero yo debía decírselo.

Ella permaneció muda unos instantes tan sorprendida que tardó más de un minuto en adaptarse a la nueva situación.

—De modo —murmuró—, que estoy igual que antes...

—A pesar de eso, Sharon, estoy dispuesto a ayudarla si está en mi mano hacerlo.

—¿Cómo podría ayudarme si usted no...? En fin, fui una estúpida al dejar escapar mi barco. O tal vez debí haber hablado con la policía desde un principio. No obstante, aquel nombre dijo que no acudiera a la policía.

—¿Cómo?

—No recuerdo exactamente sus palabras..., todo fue tan precipitado, tan inesperado que apenas si recuerdo el sentido de lo

que quiso decir...

—Adelante —la animó él al notar que se interrumpía.

—Dijo que debía buscar a Burns Coleman porque era quien tenía la clave..., e insistió en que no acudiera a la policía.

—¿Eso fue todo?

—No...; dijo que se trataba de la seguridad de nuestro país..., que era mi deber ayudarlo. Tras esto, se levantó y echó a correr y entonces le mataron y surgió usted igual que brotado de la tierra.

—Es un buen embrollo. ¿Quién es Burns Coleman, ha tratado de localizarlo?

—No..., todavía no. Quería hablar primero con usted. Ahora, si es cierto que usted no era un amigo de aquel hombre, todo se trastoca...

—Hay algo muy raro en todo esto, Sharon..., el tipo no podía ser tan loco como para creer que una información de tan vital importancia podía ser transferida de este modo... Burns Coleman... ¿Qué clave es la que tiene éste?

—No lo sé.

Tras una pausa, Scott preguntó de sopetón:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Le aseguro que me gustaría saberlo. Si no fuera por el ruego que me hizo de no acudir a la policía...

—Ésa es otra cuestión. ¿Por qué no quería que fuera usted a la policía?

—No me lo pregunte. He tratado de adivinarlo infinidad de veces desde anoche y no he llegado a conclusión alguna.

—Yo sí. El hombre temía que su información fuera traicionada, lo que nos lleva a sospechar automáticamente de alguien enquistado en la policía que está a sueldo del enemigo. Alguien lo bastante importante como para tener acceso a una información confidencial de esta índole...

—Tal vez.

La miró recto a los ojos. Sintió un escalofrío al advertir la llameante intensidad de aquellos ojos negros.

—Me pregunto si su patriotismo está tan arraigado que la obligue a cumplir los deseos del hombre muerto, Sharon.

—¿A qué se refiere?

—El dijo que buscase usted a un tipo llamado Burns Coleman.

¿No es cierto?

—Efectivamente.

—¿Quiere que lo busquemos juntos?

Ella titubeó. Scott añadió:

—Recuerde que él sólo dijo que Coleman tenía la clave... No dijo para qué quería que usted lo encontrase, y eso se me antoja que es importante. Si Coleman tiene la clave de esta ensalada, puede apostar a que no la soltará así como así. Incluso cabe la posibilidad de que sea un individuo peligroso. ¿Qué haría usted sola en un caso así?

—No lo sé, Scott; creo que me moriría si ese hombre fuera un espía al servicio de Rusia o de China...

—Okey; eso le demuestra que no puede seguir adelante sin mi ayuda.

—Cabe el recurso de confesarlo todo a la policía, a pesar de lo que él dijo... Ellos sabrán lo que hay que hacer.

—Y si tropieza con el supuesto traidor, Sharon, habrá firmado su sentencia de muerte. No podrán dejarla vivir sabiendo lo que sabe.

—¿Trata de asustarme? Si es así, ahórrese el trabajo, Scott, porque ya lo estoy.

—Sólo me limito a poner todas las posibilidades sobre el tapete.

—Comprendo.

—¿Qué decide?

La muchacha esbozó un gesto de resignación.

—¿Sabe usted, Scott? Perdí mi crucero de vacaciones a causa de lo sucedido... Justo es que intente sacar algo de excitación a cambio.

—¿Quiere esto decir que está dispuesta a seguir adelante con mi ayuda?

—Sí.

El sintió tentaciones de echarse a reír. Después de haber ansiado vivir en paz, estaba buscándose cada vez más complicaciones.

—Entonces, querida, empezaremos por buscar a ese tipo, Coleman.

—¿Cómo lo haremos?

—Sólo hay una manera de intentarlo inmediatamente: la guía telefónica.

—Imagine que haya muchos Coleman inscritos...

—No todos tendrán una B en el lugar del nombre. Si esto falla ya idearemos algo mejor.

Ella asintió. La expresión de su hermoso rostro reflejaba una determinación absoluta, pero también delataba su secreto interés, o acaso admiración, por Scott Jordan.

Era la primera vez en su vida que tropezaba con un hombre semejante. Era una experiencia que no estaba dispuesta a despreciar.

CAPÍTULO VI

Después de examinar una lista con casi doscientos nombres, Scott anotó cuatro de ellos.

—Sólo éstos empiezan con B —dijo—. Ya tenemos sus señas, de modo que les haremos una visita por el mismo orden en que los he anotado.

—¿Esta noche, Scott?

—¿Por qué no? Sea quien sea, no podemos darle cuartel. Cuanto antes le apretemos las clavijas, más pronto nos veremos libres de este embrollo. ¿Conforme?

De nuevo le obsequió con una suave sonrisa.

—Ya le he cedido el mando de la operación, Scott, aunque es una manera un tanto peregrina de iniciar mis vacaciones.

El apartó la voluminosa guía telefónica a un lado y llamó al mozo con una seña. Pagó las bebidas y ayudó a la muchacha a descender del alto taburete, operación laboriosa a causa de la cortísima y estrecha falda.

Gracias a ella se convenció una vez más de la perfección de la mujer. Comenzó a pensar en otros temas que no tenían nada que ver con el espionaje, los riesgos ni las aventuras.

La tomó del brazo al encaminarse a la salida del Embassador.

Al llegar a la acera se detuvo y ella se volvió.

—¿Qué le pasa ahora, Scott?

—¿Ha venido usted en coche, Sharon?

—Por supuesto. Lo aparqué más allá de la esquina.

—Bien, eso nos facilitará la tarea. Vamos.

El auto era un «De Soto» convertible, casi nuevo. La capota plegada permitía ver el lujoso tapizado en fina piel de color claro.

Sharon abrió la portezuela.

—Las llaves están en el tablero —anunció, acomodándose en el amplio asiento.

Scott dio la vuelta al largo morro en el que chispeaban los cromados. Abrió la portezuela del lado del volante, preguntándose cómo andaría de reflejos para conducir después de aquellos años de no tocar un auto.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por los tres hombres que surgieron alrededor del coche como brotados de la tierra.

Uno de ellos le incrustó un arma en la espalda antes que hubiera podido darse cuenta de lo que sucedía.

—¡Tranquilo, amigo, no se suicide...!

Dio un respingo. Vio a otro que mantenía una pistola apuntada a la cabeza de Sharon y a un tercero que estaba deslizándose a lo largo del coche para amenazarle a él al mismo tiempo.

Se estremeció por el riesgo de la muchacha. Supo sin lugar a dudas que aquellos tres hombres dispararían sin titubear a la menor señal de peligro y que Sharon caería...

Sus dientes chirriaron cuando encajó salvajemente las mandíbulas.

—Está bien —dijo con forzada calma—. ¿Qué sigue ahora, un paseo sin regreso?

—Todavía no, Jordan. Incluso es posible que salve el pellejo si se porta bien.

—Me portaré como ustedes quieran si la dejan marchar a ella. La chica no tiene nada que ver con esto.

—¿Está chiflado o qué? Si la soltamos correrá a llamar a los polizontes. No, gracias. Suba al coche. Conducirá usted.

Se acomodó ante el volante. Instintivamente, Sharon se deslizó en el asiento, acurrucándose junto a él. Uno de los pistoleros rió, instalándose al otro lado de la muchacha de modo que ésta quedó entre él y Jordan. Los otros dos se acomodaron en el asiento posterior.

—Ahora entienda bien esto, Jordan —le advirtió el que hablara antes—, conducirá siguiendo mis instrucciones. Cualquier tentativa que haga para creamos dificultades, le meteré un plomo en la linda cabecita de su amiga. ¿Está claro?

Respondió con un gruñido.

—Así está bien —prosiguió el desconocido—. Conduzca sin

prisas hacia el puente de Oakland. Con cuidado, no queremos tropezar con una patrulla de la policía por exceso de velocidad.

Scott maniobró para sacar el largo vehículo del estacionamiento. Después, lo llevó en la dirección indicada. En pocos minutos se familiarizó con el coche, adivinando la soberbia potencia que se desarrollaba bajo el capó.

No tardaron mucho en atravesar el interminable puente. Scott había tenido la esperanza de que tendría una oportunidad de llamar la atención de los motoristas policíacos apostados en ambos extremos del puente, pero hubo de desistir de semejante idea por cuanto la vida de la mujer estaba en constante peligro. La pistola del hombre sentado atrás permanecía firme como una roca, fija en su objetivo.

—Ahora a la derecha, Jordan, tome el desvío de Alameda.

—¿A dónde vamos, bastardo?

—Tranquilo. Ya falta poco...

Atravesaron Alameda sin que el pistolero diera orden de parar. Scott sabía que pocas millas más adelante entrarían en San Leandro, y después la carretera dejaría la costa, internándose en tierra.

Sentía junto a su cuerpo el calor de la muchacha. Apartó la mano del volante y palmeó su rodilla.

—No te asustes —murmuró—, todavía no se han salido con la suya.

—¡Cierre el pico, Jordan!

—¡Váyase al infierno, hijo de perra! Tendrá que matarme si quiere hacerme callar.

—No me tienta o lo haré antes de lo programado.

Eso fue un error por parte del pistolero, porque reveló al tenso ex combatiente de Vietnam que de todos modos pensaban matarle.

Y con él, deberían matar también a Sharon.

Todos sus músculos se tensaron hasta el límite doloroso que otras veces experimentara, agazapado en la espesura, acorralado por los guerrilleros más fanáticos y salvajes que existieran jamás.

Sharon murmuró:

—Van a matarnos, Scott, ¿no es cierto?

—No lo será si puedo evitarlo.

Aceleró al iniciar una corta cuesta. Tras la subida, una cerrada curva surgió, obligándole a una brusca maniobra. El pistolero rugió:

—¡Maldito sea, Jordan, cuidado!

—¿Qué le pasa, tiene miedo?

—¡Le partiré la cara si hace otra jugarreta semejante!

—Todos ustedes tienen unos nervios de mantequilla...

—¡Cállese!

—¡Con un demonio!

Hundió el acelerador al lanzarse cuesta abajo. A pocas millas, desde aquella altura, se distinguían las luces de San Leandro.

—El pistolero se echó hacia delante, con la pistola muy cerca de la nuca de Sharon.

—¡Frene, Jordan, o la mato!

—Muy bien.

Hundió el pedal del freno hasta abajo al mismo tiempo que abandonaba el volante. El salvaje frenazo clavó el auto en la carretera con un estrépito infernal al calarse el motor, pero hizo algo más. Los lanzó a todos hacia delante con tanto ímpetu, que ni siquiera pudieron tratar de sostenerse.

Jordan, el único precavido, frenó el impacto de Sharon y aferró con la mano derecha la pistola que había amenazado a la mujer.

El pistolero instalado en el asiento delantero atravesó con la cabeza el parabrisas, astillándolo y saliendo proyectado sobre el capó. Scott dio un brutal tirón y la pistola quedó en su mano, agarrada por el cañón y el silenciador.

La manejó como una maza, golpeando una y otra vez al dueño del arma, que se debatía sobre el respaldo del asiento tratando de aferrar a Sharon, mientras el tercero, indemne, se revolcaba sobre la alfombrilla del compartimiento trasero.

La cabeza del criminal resultó menos resistente que la pistola. Una catarata de sangre saltó abruptamente y Scott dejó de golpear, empujando el cuerpo más allá de la muchacha.

Sharon gemía, semiinconsciente, pero no se ocupó de ella.

Abrió la portezuela y saltó a la carretera en el instante en que el tercer pistolero conseguía incorporarse. Jordan rugió:

—¡Sal con las manos en alto!

Se revolvió como una víbora. Su pistola llameó silenciosamente antes siquiera de haber localizado a Scott. La bala aulló, muy por encima de su cabeza.

Pero él sí tenía perfectamente encañonado al rufián. Disparó y lo

vio saltar hacia atrás, dar una voltereta por encima de la plegada capota del auto y caer más allá desapareciendo de su vista.

Jordan rodeó el coche. Vio la sombra fugaz del pistolero zambullirse entre los matorrales que bordeaban la carretera y disparó otra vez, pero falló, dando tiempo a su enemigo a desaparecer en aquella espesura.

Se pegó contra el asfalto, reptando silenciosamente. Había sido adiestrado en esta clase de lucha y casi se alegró de que el pistolero le diera esta oportunidad de comprobar su perfecta forma.

Los espinos arañaron su rostro cuando se internó como un lagarto entre los arbustos. Ante él, el pistolero hacía tanto ruido como un elefante enloquecido. En cambio, Jordan se movía lenta y silenciosamente, cual la sombra impalpable de la muerte.

La barrera de arbustos terminaba en un suave pasto que descendía en pronunciado desnivel. Scott asomó la cabeza fuera de los espinos. Sentía la sangre deslizarse por su frente y mejillas, pero ni siquiera le preocupaba.

El pistolero corría a trompicones pendiente abajo, gimiendo a cada salto porque la herida debía dolerle como un infierno. Jordan apuntó fría y serenamente. Contuvo la respiración y apretó el gatillo.

La bala silenciosa astilló la rodilla del hombre, justo en el momento de dar un brinco. El salto se convirtió en una terrible voltereta, coronada por un penetrante grito de dolor. Luego, el cuerpo rodó ladera abajo, dando tumbos hasta que se detuvo junto a unas piedras.

Jordan corrió agazapado, en zigzag, porque sabía por experiencia que un enemigo herido es doblemente peligroso. Sólo cuando está muerto puede uno relajar los nervios, pero aquél vivía aún, porque él así lo había querido.

Oyó sus apagados lamentos cuando estuvo más cerca. Permanecía tendido de bruces, con los brazos extendidos arañando la hierba. La pistola estaba caída a pocas pulgadas de la mano derecha del herido.

Jordan disparó contra el arma. La vio saltar y perderse más allá de las piedras.

Entonces se aproximó al hombre, al que dio la vuelta con el pie, colocándole después el silenciador a una pulgada de sus ojos.

—¿Puedes oírme, sanguijuela?

—¡Ayúdame...; un médico...!

—No existe ningún médico capaz de salvarte, bastardo —le espetó salvajemente. No podía quitarse de la cabeza el riesgo mortal a que habían precipitado a Sharon—. ¿A dónde debían llevamos?

—¡Un médico..., Jordan...!

Le golpeó en la cara con el cañón de la pistola.

—¡Ya basta! ¿A dónde?

—¡No puede... hacer eso... con un..., un herido...!

—Te asombrarías de las cosas que puedo hacerte..., las aprendí sobre mi propio pellejo una vez... ¡Vamos! ¿A dónde nos llevaban?

El herido comprendió que no podía esperar piedad alguna. Jamás imaginó que un hombre pudiera demostrar aquella salvaje e implacable determinación de matar.

—El quería... que le lleváramos...

—¿Quién?

—Coleman...

Casi dio un salto.

—¿Burns Coleman?

—Sí... ¡Sí, maldito! ¡Ahora máteme de una vez..., no puedo soportarlo más..., es horrible el dolor... y...!

—¿Dónde esperaba Coleman?

—Ahí... en Sandy Hill... el desvío...

—¿Antes o después de San Leandro?

—Antes... ¡Oh, Dios, basta, Jordan...!

Scott se irguió. Su mente era un caos y el furor casi le cegaba.

De pronto indagó:

—¿Está Cassidy con él?

—¿Quién?

—Cassidy.

—No... conozco a nadie que se llame... así.

La pistola llameó una vez más en la oscuridad. Eso fue todo para el rufián.

Scott remontó la cuesta apresuradamente. Antes de llegar al coche oyó los sollozos de la muchacha y corrió, temiendo que alguno de los otros pistoleros hubiera quedado con vida.

Sharon sollozaba apoyada contra el portaequipajes del auto. Scott sintió una enorme sensación de alivio al ver que estaba bien y

sin ningún peligro inmediato amenazándola.

—¡Oh, Dios mío, Scott! —exclamó la muchacha—. Creí que te habían matado...

—Ya pasó, nena...

Se arrojó entre sus brazos y él la apretó duramente sobre su pecho. Sintió el cuerpo tenso de la mujer estremecerse entre sus manos, y murmuró:

—Ya no tienes nada que temer, pequeña...

—¿Están...?

—Muertos; por lo menos, eso creo.

Ella levantó la cara. Las lágrimas se deslizaban todavía por sus tersas mejillas muy pálidas.

—Scott...

Por toda respuesta, él inclinó la cabeza y su boca se aplastó contra aquellos labios que temblaban, dándoles con un aliento el valor para dominar el terrible momento vivido.

Ella se apartó al fin, jadeante.

Sus ojos muy abiertos brillaban en la oscuridad.

—¿Mejor ahora? —dijo él, sonriendo.

—Sí, Scott.

Volvió a besarla.

Scott Jordan casi olvidó a los pistoleros, la lucha y el propio Coleman.

Pero no pudo sustraerse al embrujo de aquellos labios ni al fuego abrasador que ardía en los dos hasta dominarlos por entero.

CAPÍTULO VII

Arrojó el cadáver del último pistolero por encima de la baranda que protegía el acantilado y escuchó el estremecedor impacto del cuerpo al rebotar de roca en roca, antes de sumergirse en el mar.

Tras esto, volvió junto al coche donde esperaba Sharon.

—Después de lo que has vivido, nena —dijo, sentándose a su lado—, y contando con que no es más que el principio, ¿todavía quieres continuar adelante con este asunto?

Ella le miró recto a los ojos.

—¿Y tú, Scott?

—Por supuesto.

Suspiró.

—Muy bien —asintió—, seguiremos adelante si tú lo quieres.

El sonrió en la oscuridad.

—Algunas cosas han cambiado —comentó, mostrando las pistolas capturadas—. Ahora tenemos armas y, lo que es más importante, una pista segura.

—¿Cuál?

—Coleman.

Ella dio un respingo.

—No comprendo, Scott.

Le contó apresuradamente lo que había averiguado por medio del criminal herido. Luego añadió:

—Lo malo de todo esto es que no tiene sentido... Según el federal que chocó contigo en la oscuridad, Coleman era quien tenía la clave de este asunto..., pero ahora resulta que Coleman manda a sus pistoleros a cazarme, sin duda porque cree que el federal me pasó a mí la información. Resulta un contrasentido por cualquier lado que se mire.

Ella no replicó, pero poco después dijo:

—Deberíamos volver a la ciudad para curarte el rostro, Scott. Lo llevas surcado de arañazos.

—Eso puede esperar. Antes haré una visita a nuestro amigo.

—¿A Coleman?

—¿De qué te asombras? Ésa era la primitiva idea.

—Pero no sabíamos la clase de rufián que era..., ahora...

—Ahora le conocemos, lo que es una ventaja para nosotros, puesto que sabemos cómo deberemos tratarle.

El motor runruneó al ponerlo en marcha. Deslizó el coche despacio para descubrir el desvío que debería conducirles hasta el hombre que buscaban.

Scott gruñó:

—Le haré pedazos sólo por haber mandado a sus pistoleros contra ti, Sharon...

—¡No, Scott! No quiero que te arriesgues más de lo imprescindible..., él no pudo saber que sus hombres tropezarían conmigo...

Jordan rió entre dientes.

—Eso fue lo peor que les pudo suceder. Quizá si no hubiera sido por ti, les habría dejado conducirme hasta el final del viaje y a estas horas todavía estarían vivos.

—¿Quieres decir que... que peleaste sólo por mí?

—Pensé en mi propio pellejo, desde luego, primor. Pero por mí no me preocupaba excesivamente. Pero aquel estúpido tenía su pistola apuntada a tu nuca todo el tiempo... No pude soportarlo.

—Y mataste a tres hombres sólo por eso.

La miró. Sonrió en la oscuridad del coche.

—Bien, digamos que no me dejaron otra alternativa.

—Es asombroso que puedas sonreír todavía después de... de lo sucedido.

El no replicó. Quizá fuera cierto que le habían endurecido de tal modo que su mente fuera distinta a la del resto de la gente...

—¡Mira, el desvío, Scott! —anunció Sharon, de pronto.

Detuvo el auto y se apeó. El desvío era en realidad el principio de una carretera privada. Un rótulo así lo anunciaba. Junto al rótulo, un buzón metálico sostenido sobre un poste de hormigón pregonaba:

B. COLEMAN

SANDY HILL

—No cabe duda que hemos dado con nuestro amigo —rezongó al volver al coche.

Maniobró sacándolo fuera de la carretera. El auto dio unos bandazos y al fin se introdujo en medio de los espesos arbustos que crecían por todas partes, a ambos lados del desvío.

Sharon exclamó:

—¿Qué haces? ¡Vas a estrellarlo!

Apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Aquí nadie lo descubrirá, y quiero que te quedes en el Coche, Sharon.

—¿Qué? ¡Ni lo sueñes! Por nada del mundo me quedaría sola aquí, en medio de esta oscuridad.

—Nada te sucederá, nena. Y yo me moveré con más libertad si no tengo que preocuparme por ti.

—Digas lo que digas, no me obligarás a quedarme aquí, Scott.

Éste lanzó un juramento.

—¿No comprendes que si hay más pistoleros en la residencia de Coleman pueden capturarte de nuevo? Si lo consiguen no tendré más solución que entregarme porque te utilizarán como rehén... En cambio, yo sólo puedo luchar sin que nada pueda doblegarme.

Ella titubeó.

Scott la tomó entre sus brazos, acariciándola suavemente.

—Por favor —susurró—; necesito saberte en lugar seguro...

Sharon le besó fugazmente.

—Tú ganas —dijo con voz queda—. Pero Vuelve pronto.

—Te lo prometo.

La mantuvo unos instantes más encerrada entre sus duros brazos de luchador. Luego, la apartó con suavidad y saltó del coche.

Un segundo después se había fundido en la noche dejándola a ella inmensamente sola.

* * *

Era un hombre corpulento de gran cabeza y cuello de toro. Sus

cabellos lucían hebras grises en las sienes y en general su aspecto era impecable, de político de la vieja escuela.

Sólo sus labios, delgados y crueles, daban al traste con su agradable apariencia.

Y, quizá, la mirada helada de sus ojos en determinadas ocasiones, y ésta era una de ellas.

—Me gustaría saber qué les ha entretenido todo este tiempo —rezongó, exhalando una nube de humo del costoso cigarro que saboreaba.

El otro individuo, delgado, escuálido y pálido, se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe cómo ni cuándo será posible echarle el guante a un tipo, Coleman. Tal vez han debido esperar a que saliera... o a que quedase solo.

—Sin embargo, son demasiadas horas, Sid.

Éste se encogió de hombros.

—Confía en ellos —masculló—, son profesionales. Hace muchos años que trabajan para mí.

Coleman se detuvo en sus nerviosos paseos de un extremo a otro del gran despacho y contempló a su socio.

—A veces me pregunto cómo lo conseguiste, Sid —masculló con sarcasmo.

—¿Cómo conseguí qué?

—Seguir con tu carrera de abogado, y mantener al mismo tiempo una pandilla de pistoleros...

—Tonterías. Es fácil si uno tiene inteligencia.

Coleman reanudó sus paseos.

—Apuesto a que no lo consiguen —gruñó entre dientes—. Ya debieran haber llegado hace mucho tiempo.

Sid Thomas meneó la cabeza.

—Traerán a ese tipo, Coleman. ¿Por qué diablos no te sientas de una vez? Me pones nervioso.

Coleman fue a sentarse al otro lado de la gran mesa escritorio.

Chupó largamente su cigarro hasta reanimar la brasa satisfactoriamente. Luego gruñó:

—De todos modos, es posible que ni echándole mano a ese Jordan que el diablo confunda podamos obtener resultados, Sid.

—¿Por qué no?

—Si trabajaba con Colton y éste le pasó la relación, ha tenido tiempo sobrado de entregarla a sus jefes.

Sid se rascó la nuca, pensativo.

—Colton te hizo llegar una propuesta, hace algunos días. Tú mismo me lo dijiste.

—El tipo estaba loco. Creyó que yo mordería el anzuelo, sabiendo que se trataba de un federal. Todo lo que quería era obligarme a que cometiera un error para echarme la zarpa.

—No debía estar tan loco cuando logró arrebatarte la relación, Coleman.

Éste masculló una sarta de maldiciones.

—Fue un golpe de suerte por su parte. Me pilló justo cuando acababa de revelar el microfilm...

—Nada de suerte. Dio un golpe extraordinariamente afortunado, pero muy inteligente por su parte. Nunca debiste dejar que quemara los documentos y se llevase el microfilm, Coleman.

—¿De veras? —El furioso sarcasmo en la voz de Burus sonó como un trallazo—. Me pilló absolutamente solo, y él tenía una pistola ametralladora en las manos. ¿Qué hubieses hecho tú, Sid? Porque tampoco eres ningún héroe...

El abogado rebulló en su asiento, inquieto. Coleman consultó una vez más su reloj y soltó un gruñido.

—¿Qué te parece esta tardanza, Sid?

—Tal vez han surgido dificultades de última hora...

Le interrumpió el timbre del teléfono. Los dos dieron un respingo y Coleman masculló:

—Deben ser ellos, seguro... —Levantó el auricular y ladró—: ¡Hablen! ¿Qué les ha...?

Se interrumpió en seco. Achicó los ojos al escuchar la voz seca que crepitaba a través del auricular. Al fin, la voz calló y él dijo, sin pizca de agresividad:

—Usted sabe las dificultades con que tropezamos... Por supuesto, tres hombres fueron a buscarlo, los tres profesionales de confianza... ¿Cómo?

Escuchó otro largo rato. Una profunda arruga dividió su frente por la mitad. Sid se echó hacia adelante intentando captar las palabras que preocupaban a su socia.

Éste gruñó:

—Por supuesto que pensamos en esto... ¿Está usted seguro? Sí, claro... De modo que uno de ellos está herido, ¿eh? Cassidy... Jamás oí ese nombre. Espere un segundo.

Apartó el auricular y le preguntó al abogado:

—¿Han oído alguna vez el nombre de Cassidy? Se trata de un pistolero profesional o algo así.

Sid Thomas sacudió la cabeza.

—Ésta es la primera noticia. ¿Quién es él, Coleman?

Éste no le respondió, pero acercándose el auricular, dijo:

—Tampoco mi socio sabe nada de ese individuo... ¿No tiene usted medios para averiguarlo?... Está bien, comprendido..., le avisaré cuando lo tengamos aquí.

Colgó. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban de su amplia frente.

El abogado gruñó, impaciente:

—¿Y bien, qué pasa con el tipo llamado Cassidy?

—Al parecer, es un pistolero que persigue lo mismo que nosotros...

Sid dio un salto.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—¿De qué te quejas? Sabes muy bien que hay otro grupo metido en este negocio. Los tipos que mataron a Colton en el muelle no lo hicieron por deporte, ¿eh?

—Pero hasta ahora no sabíamos nada de ellos.

—Y seguimos con la misma ignorancia. ¿Quién es Cassidy, y por cuenta de quién trabaja?

—Tal vez Jordan pueda aclararnos ese misterio también.

—Si consiguen traerlo aquí. Además, según acaban de decirme, Cassidy intentó matar a Jordan, de modo que son antagonistas. No confíes mucho en lo que el tipo pueda declarar al respecto.

El abogado se levantó y dio unos pasos de un lado a otro, indeciso. Se detuvo junto al teléfono.

—Hablaré con Jim, en el bar... Solemos utilizarlo de enlace cuando hay algún trabajo en marcha. Tal vez se hayan comunicado con él.

—Prueba a ver.

Marcó un número, pero tampoco obtuvo éxito, de modo que colgó y dijo con voz insegura:

—No sabe una palabra de ninguno de ellos.

Coleman juró entre dientes. Con un gesto de furor aplastó la mitad del puro que le quedaba en un cenicero y se echó atrás en el sillón.

—Han fracasado, seguro...

—Aunque fuera cierto, ¿por qué no regresan, o llaman por teléfono?

Una voz nueva, dura como el diamante, replicó:

—Porque están muertos, Sid, ni más ni menos.

CAPÍTULO VIII

Petrificados, contemplaron a Scott Jordan, enmarcado en la puerta del despacho apuntándoles con una gran automática equipada con silenciador. En otras circunstancias, Sid Thomas hubiera reconocido el arma como perteneciente a sus esbirros.

Coleman, tenso, masculló:

—¿Quién es usted, y cómo ha entrado aquí?

—Eso son dos preguntas... ¿Usted es Coleman?

—Sí...

—El nombre de ese alfeñique es Sid, según he oído antes de abrir la puerta. ¿Qué más es usted, amigo?

—Es mi abogado —replicó Coleman, recobrando el aplomo poco a poco—. No ha respondido usted todavía...

—Mi nombre es Scott Jordan. Mandaron a tres matarifes en mi busca, sólo que detesto llevar escolta...

—¿Quiere decir qué...?

—No me dejaron alternativa —repuso con voz cortante—. Están muertos.

Sid tragó aire boqueando, como si estuviera ahogándose. Coleman dijo:

—Me asombra usted, Jordan... ¿Por qué ha venido hasta aquí, si ha sucedido lo que afirma?

—Porque yo andaba de cabeza buscándole a usted, Coleman.

—¿De veras?

—Ponga las manos planas sobre la mesa y no las mueva, así haya un terremoto, o le dejaré clavado en su sillón...

Obedeció. Había pensado en la pistola que guardaba en un cajón de la mesa, pero ni por un instante dudó de que Jordan estuviera dispuesto a matarle sin piedad.

Éste cerró la puerta tras él y avanzó unos pasos. Coleman insistió:

—¿Cómo ha logrado entrar en la casa, Jordan?

—¿Se refiere a su sistema de alarma? —rió sarcásticamente, y añadió—: No es lo bastante eficaz para mí. He sorteado trampas peores en la selva, Coleman... Agujeros erizados de cañas de bambú aguzadas como cuchillos, impregnadas de veneno... Cuevas plagadas de víboras ponzoñosas... y otras lindezas por el estilo. Y ahora al grano: ¿dónde está la relación?

Las pobladas cejas de Coleman saltaron hacia la frente.

—¡Que me ahorquen! —bufó—. ¿Está usted loco o qué le pasa? A estas horas, todos sabemos que la tiene usted... Su compinche se la pasó en el muelle.

—No me diga... Invente otra historia, Coleman, o le lleno de plomo.

Sid jadeó:

—Está diciéndole la verdad... No comprendo qué juego se trae usted entre manos, pero sea el que fuere, la relación no está en nuestro poder... ¿Por qué cree que enviamos a nuestros hombres a capturarlo?

Scott frunció el ceño.

—Siga hablando —bufó.

—Pensamos que la tenía usted. Si todavía no la había pasado a sus jefes, estábamos dispuestos a hacerle una buena oferta.

—Voy de sorpresa en sorpresa.

—Cincuenta mil dólares para usted, Jordan —terció Coleman, persuasivamente—. Cincuenta mil dólares a cambio del microfilm.

—Así que ahora está en un microfilm, ¿eh?

—¡Condenación! No siga por ese camino. Colton se lo entregó en el muelle antes de que le mataran.

Calló para no mostrar su desconcierto. Nada de todo aquello tenía sentido para él.

Sid se agitó en su asiento y propuso:

—Acéptelo usted, Jordan. Después de todo, Colton se apoderó del microfilm para su propio beneficio... Inició una negociación con Coleman al respecto.

—Ésta es buena; un agente federal tratando de vender un secreto del que se había adueñado antes... ¿Me toman por un imbécil

acaso?

Coleman manoteó, excitado.

—¡Es la pura verdad, Jordan! No sé qué pretendía, pero me llamó por teléfono preguntándome si estaba dispuesto a hacer un trato con él...

—¡Las manos quietas o se las clavo a la mesa con un par de plomos!

Volvió Coleman a dejar las manos lacias sobre la carpeta de cuero. La palidez de su rostro se acentuó porque se daba cuenta de que estaba ante un enemigo desconcertante.

Scott gruñó, balanceando la pistola:

—Me han dado materia con que pensar... y creo que les seguiré el juego. Para empezar, veamos quién de ustedes dos me dice qué contiene ese maldito microfilm.

—¿Quiere burlarse de nosotros?

—¡Maldición! Háganse la idea de que no sé una palabra de este asunto.

—¡Pero usted se reunió con Colton en el muelle y él se lo entregó!

—Aunque fuera cierto, no he podido ver qué contiene. ¿Cómo voy a fijarle un precio si ignoro su contenido?

Los dos hombres cambiaron una mirada. Un leve rayo de esperanza se abrió ante sus retorcidas mentes.

Coleman dijo:

—Ése es un lenguaje sensato, Jordan...

—¡Al grano!

—Se trata de una extensa relación de nombres, direcciones, empleos y ocupaciones en toda Norteamérica. Más de mil individuos reseñados, Jordan...

—Siga.

—¿Todavía no comprende?

—Le he dicho que siguiera adelante. Quiero que lo escupan todo.

Tras una breve vacilación, fue Sid Thomas quien añadió:

—Es la filiación completa de todos los agentes secretos rusos y chinos en América, y de sus principales colaboradores. ¿Está claro ahora?

Scott se estremeció.

—Ya veo —musitó sin voz.

—Colton debió pensar que podría sacarle una buena tajada a esa lista... sólo que algo le impidió seguir el trato con Coleman y tras esto alguien le mató, pero no antes de que entrara en contacto con usted.

—Ahora, díganme quiénes le mataron. ¿Pistoleros a sus órdenes, Sid?

—¡Condenación, no! Precisamente la identidad de esa gente nos tiene muy preocupados.

Jordan reflexionó a toda presión. Su mente era un caos al que intentaba poner orden, aunque resultaba una tarea punto menos que imposible.

—Según entiendo —dijo, pensativo—, ustedes consiguieron reunir esa lista, ¿no es cierto?

—Nos costó más de un año de trabajo, riesgos y sumas enormes sobornando a los propios traidores a sueldo de chinos y rusos.

—¿Con qué objeto?

Sid tomó otra vez la palabra:

—Nuestra idea era vender esa lista a la Embajada rusa. Ya habíamos iniciado las negociaciones cuando Colton intervino. Alguno de sus contactos infiltrados en el espionaje extranjero debió ponerle al corriente y... Bien, el resto ya lo sabe.

—No sé ni la mitad de lo que deseo. Por ejemplo: ¿quién era el individuo que le ha telefoneado antes Coleman?

Éste dio un brinco.

—¿Cómo demonios sabe que he recibido una llamada?

—Porque cuando ha sonado el teléfono yo estaba apostado bajo esa ventana. He escuchado sus respuestas, pero eso no me aclara nada.

Los dos hombres cambiaron una mirada azorada. Sid meneó ligeramente la cabeza en un gesto negativo.

Coleman farfulló:

—Eso no entra en el trato, Jordan. Cincuenta mil dólares si nos devuelve el microfilm... En toda su vida volverá a tener una oportunidad semejante.

—El tipo del teléfono, Coleman, no cambie de tema.

—Pierde el tiempo —gruñó Sid—. Y lo que es peor, desperdicia también la mejor oportunidad que podrá presentársele jamás. ¿Por

qué no reflexiona usted con calma y nos da su respuesta mañana por ejemplo? Es un buen negocio, y nadie sabrá nunca una palabra sobre nuestro trato.

—Ustedes siguen convencidos de que yo también pertenezco al FBI. ¿No es cierto?

—¡Naturalmente que es así!... Usted trabajaba en combinación con su camarada Colton.

—Con un demonio. Jamás le vi.

Casi dieron un salto, ante la mirada divertida de Jordan, que seguía vigilándoles implacablemente con su pistola.

—¿Qué ha dicho? —jadeó Coleman.

—Nunca le vi la cara a ese Colton, o como se llamara. Jamás tropezó conmigo en el muelle, de modo que mal pudo pasarme el microfilm ni cualquier otra cosa... ¿Les satisface eso, pareja de buitres?

—¡Miente! Quiere todo el negocio para usted...

—¿Qué negocio? —Perdió todo asomo de ironía cuando masculló con voz tensa—. ¿Creen que yo negociaría con los rusos o los chinos, después de tres años de luchar contra sus lacayos, viendo a las mujeres clavadas en los árboles con estacas atravesándoles el vientre, viendo aldeas incendiadas con todos sus habitantes dentro, sufriendo en mi carne las torturas más bárbaras que hayan podido imaginar? ¡Están ustedes locos, bastardos del demonio!

—Todo eso queda atrás, Jordan... Lo importante es el negocio.

—¿Atrás? —Gruñó—. Sí, quizá estén en lo cierto y una vez en mi patria lo único que importa es el negocio. Ésa debe ser la idea que alienta en las mentes de los fabricantes de armamento... Pero en todo caso el negocio lo haré yo solo... si puedo. O no lo hará nadie.

Los dos hombres cambiaron una mirada desolada. Coleman perdió de pronto la serenidad, la fría calma que le había permitido soportar hasta entonces aquella tensa situación. Su voz tembló cuando dijo:

—Está cometiendo un error, Jordan.

Éste pareció desentenderse de él. Su mirada de acero se agudizó, fija en un punto más allá de la mesa.

Sid dijo, implorante:

—¡Debe colaborar con nosotros, Jordan! No podrá llevar

adelante esa negociación sin contactos..., sin hombres de confianza en los lugares adecuados...

Scott levantó un poco la automática.

—Aprendí a valerme por mí mismo, Sid. Lo que me preocupa es la razón que pudo impulsar a Colton a pedir que buscaran a Coleman porque él tenía la clave..., pero temo que ya no haya tiempo de averiguarlo.

Apenas había terminado de hablar cuando comenzó a disparar furiosamente.

CAPÍTULO IX

Los cristales del ventanal saltaron en pedazos. El estrépito que armaron se vio acrecentado por el ladrido de un revólver sin silenciador replicando a los silenciosos disparos de la automática.

Scott se lanzó de cabeza tras un butacón. Coleman, pillado de sorpresa, asustado, titubeó, mientras Sid se dejaba caer al suelo como si las piernas se le hubieran vuelto de mantequilla.

Jordan asomó un ojo y el cañón de la pistola. Vio otra vez el movimiento fuera y disparó. Alguien gritó con un alarido de agonía, pero al mismo tiempo otras armas rugieron y los proyectiles arrancaron surtidores de estuco en la pared.

Coleman recobró el movimiento en aquel instante. Abrió precipitadamente el cajón donde guardaba su revólver. Sus dedos lograron rozarlo y volvieron a soltarlo como un hierro al rojo. Se enderezó, rígido como un poste, con la muerte barrenando su espalda...

Otro disparo le alcanzó antes de que cayera de bruces sobre la mesa. Rodó a un lado, sangrando a borbotones por la boca abierta. Luego cayó sobre la alfombra y ya no se movió más.

Sid gimió al contemplar la muerte de su socio. Pero las balas aullaban en todas direcciones y necesitó ocuparse de su propia seguridad.

Jordan rugió:

—¡Cúbrase, estúpido! ¿No tiene usted un arma?

—¿Yo? Jamás he utilizado una pistola...

—Ya veo... los pistoleros lo hacían por usted.

Disparó a través de la ventana, sólo para mantener a los atacantes lejos del marco. No sabía cuántos cartuchos quedaban en la automática, pero no podían ser muchos...

Sid balbució entonces:

—Coleman guardaba un revólver en su mesa, Jordan.

—No me diga...

—Pero ya no disparan..., tal vez han desistido.

—Asume la cabeza y lo verá..., mejor dicho, no tendrá tiempo de verlo. ¿Sabe lo que están haciendo?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Yo se lo diré... Hacen lo mismo que haría yo si estuviera en su lugar y supiera al dedillo mi trabajo. Alguno entrará en la casa y nos cazarán entre dos fuegos. Entonces estaremos listos para el funeral.

—¿Y no podemos evitarlo de algún modo? Usted es un hombre de acción, Jordan.

—Pero no soy un «superman». Mucho me temo que esta vez me han cazado.

Atisbo con la cabeza pegada al suelo. No se distinguía movimiento alguno en la oscuridad del jardín. Sólo podía escuchar el jadeo del abogado y los apagados gemidos de un herido, allá afuera.

Empujó con cuidado el butacón que le servía de parapeto. Al instante, un revólver entró en acción y los proyectiles se hundieron en el grueso respaldo del mueble.

—¡Malditos sean! Están apostados en los árboles...

Afianzó los pies en el suelo y aspiró aire profunda mente. Luego, bruscamente, impulsó la butaca con todas sus fuerzas hacia un lado y él brincó como un gamo en dirección contraria. Fue un salto inverosímil que desconcertó a los asaltantes, tomados de sorpresa por el doble movimiento.

Pero Scott cayó al otro lado de la mesa y se agazapó allí, protegido por el cadáver de Coleman y el sillón de éste.

Tanteó en el cajón abierto hasta que sus dedos encontraron el revólver. Era un «38» especial de cañón corto. Lo abrió para comprobar que la dotación de cartuchos estaba completa y volvió a cerrarlo.

—¡No se mueva, Sid! —gritó—. Pero vigile la puerta. Si nota el más ligero movimiento del tirador, avíseme. ¿Entendido?

—Seguro, Jordan.

Derribó la mesa, esparciendo los papeles, la carpeta de cuero y

el teléfono. Tras la mesa colocó el corpachón muerto de Coleman y vigiló la ventana atentamente, dispuesto a disparar sobre el primero que asomara por ella.

—¿Tiene idea de quiénes puedan ser? —indagó con voz queda.

El abogado respondió, con voz temblorosa y apenas audible:

—No..., pero han matado a Coleman. ¿Cómo los ha descubierto, Jordan?

—Pude ver la cabeza de uno y el revólver que empuñaba. Se disponía a disparar cuando me he anticipado.

—Comprendo...

—Vigile la puerta y no se descuide.

—Sí, sí.

El intentó asomar la cabeza por encima del tablero de la mesa, pero una bala que arrancó astillas en la madera le obligó a pegarse al suelo otra vez. Ante su cara se deslizaba la sangre de Coleman, recordándole lo cerca que tenía la muerte. No era la primera vez, de modo que no se alteró excesivamente.

Aprovechó para comprobar la carga de la pistola. Quedaba una bala en la recámara y dos más en el cargador. Una pobre dotación para sostener una batalla semejante.

Uno de los cajones de la mesa había caído al suelo cuando la derribó. Los papeles que contenía estaban esparcidos, algunos empapándose de sangre. Entre ellos brillaba una hoja de acero.

La tomó con curiosidad. Era un abrecartas en forma de kris malayo. Una imitación de menor tamaño que los originales, pero capaz de servir de ayuda en un caso de apuro.

Y aquél era un caso endiabladamente apurado.

Guardó el acero en el cinto, no muy seguro de qué utilidad podría tener. En aquel instante, Sid aulló:

—¡Cuidado, Jordan, la puerta...!

Un arma retumbó. Sid se retorció sobre sí mismo al tiempo que la puerta se abría.

Scott encajó las mandíbulas y se contuvo. Un hombre asomó precavidamente la cabeza, buscándole. Disparó con el revólver y el rugido atronó las paredes. Pero la cara del asaltante se deshizo en medio de un sucio surtidor que salpicó la puerta y la pared y desapareció.

Vigiló la ventana. Oía gemir al abogado más débilmente a cada

instante.

Alguien en el jardín, gritó:

—¿Lo tienes ya?

—¡Sí! —respondió Jordan con voz ronca.

Confiadamente, un hombre se irguió junto al alféizar. Fue el tiro más fácil de toda su vida. El hombre se llevó las manos al rostro, donde la bala se hundió, pero antes de llegar a tocarse el chorro de sangre cayó de bruces quedando atravesado en la ventana.

Jordan rodó sobre sí mismo porque no cabía duda que aquél sería el momento que los otros elegirían para dispararle. Y no se equivocó.

Desde la puerta, dos o tres armas retumbaron brutalmente y las balas se clavaron en la mesa con secos impactos. Algunas alcanzaron el corpachón de Coleman y su fofo impacto le produjo escalofríos.

Los nervios de Scott respondían bien al esfuerzo y la tensión. Le satisfizo comprobar que estaba en plena forma, después de todo.

Levantó la pistola suavemente y disparó. La luz del techo saltó en mil pedazos, apagándose.

Sonrió en la oscuridad cambiando una vez más de posición, acercándose hacia la ventana. Oyó una voz gutural que daba órdenes no muy lejos y se preguntó cuántos pistoleros más quedarían en torno a la casa y dentro de ella.

Agazapado a pocos pasos de la ventana, aguardó en medio de un silencio de tumba. Oía el trágico y espeluznante gorgoteo de la sangre del hombre atravesado en el alféizar, pero necesitaba sus sentidos para otros menesteres y se esforzó por ignorar el lúgubre sonido.

Una sombra se movió en la puerta. Esperó conteniendo el aliento. La puerta giró infinitamente lenta. Scott todavía se contuvo.

Dejó de girar cuando quedó abierta del todo. La sombra se inmovilizó a un lado del umbral, acechando, buscándole con ojos que casi relucían en la oscuridad como los de un gato.

Otra oscura forma se movió tras la primera. Hubo un murmullo de voces muy quedas, una respuesta apenas audible y luego silencio otra vez.

Jordan levantó poco a poco las dos armas. No tenía muchas esperanzas de salir con vida de esa encerrona, pero se juró a sí

mismo llevarse por delante a tantos pistoleros como balas quedaran en el revólver y la automática.

Disparó con las dos armas a la vez. Oyó el seco chasquido de la pistola al encasquillarse por quedar sin munición y la arrojó a un lado. La pistola rebotó en el suelo casi al mismo tiempo que los dos cuerpos vacilantes que se destacaron del umbral oscuro, entrando en el despacho dando traspiés.

Les siguió con el cañón del revólver, dispuesto a rematarlos si era preciso. Luego, ambos se derrumbaron a un tiempo, mientras el eco de la casa le devolvía el estampido del revólver multiplicado una y otra vez.

Pero en medio del sonido estremecedor que retumbaba de sala en sala, oyó también las pisadas de alguien que se alejaba de la puerta a todo correr. Hubo un estrépito cuando el fugitivo tropezó con algún mueble en la oscuridad, pero los pasos se reanudaron casi al instante.

No se confió todavía. Aquello podía ser una treta tan vieja como las armas; un hombre huye mientras su compinche se queda agazapado en la oscuridad, esperando...

En lugar de deslizarse hacia la puerta se acercó más a la ventana. Y en aquel instante una voz seca y dura vibró afuera, en medio de la oscuridad:

—¡Jordan! ¿Me oye?

Dudó entre responder o no.

—¡Seguro! —dijo a gritos—. ¿Qué les pasa ahora?

—¡Estamos peleando inútilmente! Nosotros veníamos por Coleman... Con usted estamos dispuestos a cerrar un trato.

—¡Qué amables! ¿Lo firmamos con plomo?

—¡No queremos pelear con usted, le necesitamos vivo! Fue un accidente que se encontrara en compañía de Coleman, eco es todo.

—Si quiere convencerme, reúnanse todos frente a la ventana, sin armas y con las manos en alto. Sólo así hablaremos.

—¿Para qué nos acribille usted?

Se irguió poco a poco.

La voz repitió allá afuera:

—¡Le repito que le necesitamos vivo! Podemos negociar, en lugar de matarnos como salvajes.

—¡Qué cosas!

Atisbó por un lado de la ventana. No vio a nadie, pero los enemigos debían estar parapetados tras los árboles. ¿Cuántos habría?

No comprendió la trampa hasta que ya fue demasiado tarde. Alguien se había deslizado dentro del despacho y ahora la voz ordenó:

—¡Suelte la pistola, Jordan!

Sintió la tentación de volverse y disparar, pero ni siquiera sabía la situación exacta de su enemigo y si era uno solo o dos, de modo que dejó caer el revólver al suelo y se volvió lentamente.

El pistolero, una sombra compacta a poca distancia, gruñó:

—Me gustaría matarle, puerco..., pero de momento le quieren vivo. Ya tendré otra oportunidad.

Su acento era netamente extranjero. Scott encajó las mandíbulas. Entonces descubrió al otro hombre junto a la puerta.

—Diríjase al pasillo. Saldremos por la puerta principal. Y cuidado con echar a correr.

Avanzó sin prisas, sorteando los cadáveres del suelo. El hombre del portal reía entre dientes y el otro le vigilaba desde atrás.

Sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura del pequeño kris de hoja serpenteante. Lo empuñó...

Tan pronto llegó al alcance del pistolero que reía volteó el brazo y se arrojó sobre él. La afilada hoja de acero se hundió brutalmente en su pecho, recta al corazón, al tiempo que el empuje de Scott derribaba al hombre y rodaban los dos estrechamente unidos por la muerte.

Repitió el golpe dos veces más, sintiendo los espasmos del rufián... Luego, éste quedó inmóvil y Jordan arrancó el puñal, dispuesto a seguir la lucha a su modo.

Pero había llegado al límite de sus posibilidades. Un mazazo demoledor estalló sobre su nuca. Sintió un terrible latigazo de dolor lacerándole el cerebro y cayó de cruces... sólo para sufrir un segundo culatazo que rubricó la obra del primero.

Cuando su cara pegó contra las baldosas del pasillo, había perdido el conocimiento y era sólo una masa inerte e insensible...

CAPÍTULO X

El hombre vestido de negro paseó la mirada por encima de los tres secuaces que le quedaban.

—Es increíble —farfulló en un inglés dificultoso—; ha matado a todos los demás él solo... ¿Qué clase de hombre es ese individuo?

No obtuvo respuesta alguna. En un idioma gutural juró entre dientes y luego ordenó:

—Traigan el coche. Nos lo llevaremos de aquí.

—¿Y los cadáveres? —preguntó uno de los supervivientes.

—Asegúrense de que no quede nada en sus bolsillos y déjenlos donde están. Servirán para mantener muy ocupada a la policía.

Uno de los tres corrió en busca del coche, desapareciendo por el camino que conducía a la carretera. Los otros dos entraron en la casa y el hombre vestido de negro aprovechó para encender un cigarrillo, sin apartar la mirada del inconsciente Jordan, tumbado sobre la grava del jardín.

Respiraba pesadamente. Los arañazos del rostro le daban un aspecto rudo, inquietante.

El hombre le tocó con el pie, zarandeándole. Jordan ni siquiera gimió.

El que había ido en busca del coche fue el primero en regresar al volante de un gran «Cadillac» negro.

Unos minutos más tarde aparecieron los otros dos. Cargaron el cuerpo de Jordan arrojándolo sobre la alfombra, junto al asiento posterior. Dos de ellos se instalaron en ese asiento, mientras el hombre vestido de negro lo hacía al lado del chófer.

—Volvamos a la ciudad —ordenó—. Dirígete al almacén del puerto... Es un buen lugar para interrogar a ese tipo.

El coche arrancó con una sacudida. Sobre la alfombrilla, Scott

rebulló, pero volvió a quedar inmóvil.

El coche saltaba por el mal cuidado camino. Al fin apareció la carretera general ante el cono de luz de los faros y el chófer aceleró.

Pero de repente, de un lado, como si surgiera de entre los matorrales, apareció un coche descubierto que saltó al camino y se detuvo en seco, cerrándoles el paso.

El conductor soltó una imprecación y manipuló en los faros instándole a apartarse. Pero el auto siguió en el mismo lugar, mientras una portezuela se abría.

Sólo que no vieron apearse a nadie.

—¡Frena! —rugió el cabecilla del grupo.

El «Cadillac» se detuvo bruscamente a pocas yardas de distancia del coche descapotado. El hombre de negro ya tenía el revólver en la mano cuando ordenó:

—¡Abajo! Tráiganme al tipo que maneja ese cacharro.

Los dos pistoleros de atrás se apearon de un salto. Apenas habían dado media docena de pasos cuando un abejorro de plomo astilló el parabrisas sin que se escuchara sonido alguno.

El chófer aplastó la cara contra el volante y farfulló:

—¡Disparan con silenciador!...

—¿Crees que no lo veo?

Otra bala entró en el coche llevándose trozos de cristal por delante. Pero ahora los dos pistoleros, que se habían arrojado de bruces sobre el polvo, respondieron al fuego con sus revólveres.

Los secos estampidos atronaron la noche. El hombre de negro maldijo en su idioma y luego gruñó:

—¡Van a sembrar la alarma en toda la carretera!

—Les diré que no disparen si no es sobre seguro.

El chófer abrió la portezuela de su lado. Consiguió sacar una pierna fuera. Tras esto, una bala pegó en mitad de su pecho arrojándole contra su jefe sin un grito y los dos cuerpos se revolvieron frenéticamente.

Los revólveres rugieron de nuevo. Scott se irguió poco a poco, todavía aturdido. Vio el revoltijo en el asiento delantero, la puerta abierta a su lado y ni siquiera titubeó. Se deslizó fuera, alejándose a tropicones hasta hundirse en la oscuridad.

Se detuvo poco después, orientándose. Veía a los dos pistoleros dirigir los disparos hacia un amontonamiento de rocas y arbustos, y

al mismo tiempo reconoció el coche de Sharon parado en mitad del camino.

Dominando el dolor que se extendía por todos sus miembros, corrió agazapado en esa misma dirección, aunque dando un rodeo para mantenerse fuera de la vista de los pistoleros.

Desde el «Cadillac» alguien gritó con voz cargada de ira. Los disparos cesaron de golpe.

Llegó a pocos pasos de las rocas y pudo ver la forma imprecisa de la muchacha, acurrucada en el suelo para protegerse de las balas.

—¡Sharon! —gritó quedamente—. No vayas a dispararme...

Ella dio un respingo y ahogó a duras penas el grito que pugnaba por escapársele.

Scott llegó a su lado. Antes de que pudiera pronunciar una palabra más, ella se arrojó entre sus brazos sollozando, estremeciéndose, dominada por el terror.

Jordan notó a su espalda el contacto de algo duro, algo que pendía de una mano de la mujer. Apartándola le quitó la automática que perteneciera a uno de los tres rufianes que trataron de secuestrarles esa misma noche.

—Lo hiciste muy bien, nena —susurró, acariciándola—. No pude imaginar que fueras una luchadora tan valiente.

—Scott...

—¿Qué, Linda?

—¿Maté a alguien? Yo... me moriría si...

Él se encogió de hombros.

—No me entretuve en averiguarlo. En todo caso, armaste un buen lío, dándome la oportunidad de escapar...

El motor del «Cadillac» rugió de pronto. Volviéndose, le vieron lanzarse hacia adelante y por un instante pareció que iba a embestir de lleno al «De Soto» de la joven. Pero maniobró hábilmente y pasó ante su morro. Oyeron un duro golpe y el descapotable se bamboleó. Tras esto, el «Cadillac» logró pasar y cuando llegó a la carretera desapareció en dirección a la ciudad.

Jordan suspiró.

—Conseguiste asustarlos, nena...

—No sabía qué hacer, Scott. Creí morir cuando oí que te habían capturado después de todos aquellos tiros.

—¿Cómo demonios pudiste oírlo?

—Yo... fui hasta la casa cuando escuché los disparos. Temía por ti.

—Tú estás loca, primor. Pudieron matarte una docena de veces...

—Pero no lo hicieron. Así pude ver cómo te sacaban de la casa y te arrojaban al suelo, a los pies de un hombre vestido de negro. Comprendí que vivías todavía, pero que iban a llevarte con ellos.

—Buena chica, a pesar de todo. Te debo la vida, ¿te das cuenta?

—Obré por puro instinto —confesó la muchacha—. Cuando uno de ellos fue en busca de su coche, que habían dejado lejos, yo me marché también, sin decidirme todavía. Sólo cuando les vi venir pensé en detenerlos.

—Y lo hiciste de maravilla, pequeña. Pero ahora larguémonos de aquí. Éste es un lugar solitario, pero si alguien escuchó los disparos, ya debe haber dado la alarma.

La llevó hacia el coche y se pusieron en camino, atentos a evitar posibles emboscadas de los pistoleros que les precedían.

Sólo que éstos habían aprendido la lección y no volvieron a aparecer en todo el camino.

—Te llevaré a casa —decidió Scott, cuando rodaban ya por las desiertas calles de San Francisco—. ¿Dónde vives?

—¿Y si nos buscan, Scott?

—A ti no te conocen. En todo caso me buscarán a mí, en el hotel. Sólo que esta noche maldito si regreso a él.

Ella ladeó la cabeza. Sonrió en la oscuridad y se acurrucó a su lado.

—Es una locura, Scott —musitó—; una absurda locura sin pies ni cabeza.

—¿A qué te refieres? ¿A este embrollo?

—No.

—¿Entonces?

—A que ya no tengo miedo. Creí que era más difícil disparar una pistola.

El sintió tentaciones de echarse a reír. Ni buscándola durante mil años hubiera podido encontrar otra mujer como aquella...

—Todavía no me has dicho dónde vives, querida.

—Oh, sí... ¿Conoces Boulder Street?

—Seguro...

—El número ciento seis.

—Ajá, vamos allá sin perder más tiempo.

Sobre los edificios asomaron los primeros fulgores grises del amanecer. La ciudad pareció desperezarse de repente y cuando Jordan detuvo el auto las calles comenzaban a poblarse de una soñolienta multitud.

—Lo que se han perdido —comentó, apeándose.

Sharon rió y él le rodeó la cintura con su brazo. Atravesaron la acera, llevándose prendidas algunas miradas suspicaces de los que acudían malhumorados a sus empleos rutinarios y monótonos.

Realmente, se habían perdido una noche emocionante, la noche de la muerte.

Ella abrió la puerta y volvió a cerrarla cuando estuvieron en el oscuro interior. Jordan la estrechó contra su pecho y susurró:

—Debiera haberte dado las gracias antes, querida.

—Hazlo ahora, Scott.

—Eso pensaba hacer, por supuesto.

Los labios de la muchacha subieron al encuentro de los suyos. A través del beso inacabable pareció deslizarse la tensión vivida, el miedo y la zozobra, esfumándose a impulsos de la pasión para dejarles abandonados a su propio amor, al amor que nacía más fuerte que ningún otro, porque parecía surgir triunfante de un pozo de incertidumbre.

Instantes después, Sharon musitó:

—Ven, entra...

Encendió la luz. El olvidó admirar la exquisita decoración y la comodidad del ambiente porque toda su atención se centraba en la dueña de aquel seguro refugio.

La muchacha corrió las cortinas de la ventana.

—Para nosotros la noche todavía no ha terminado... Mira, Scott, cómo despierta la ciudad más allá de esta ventana.

—No mires o el hechizo se romperá.

Se volvió hacia él. Sus ojos negros chispeaban como diamantes heridos por la luz artificial.

Sonrió. Él le tendió los brazos.

CAPÍTULO XI

Earl Varney, el agente federal, se levantó cansada mente cuando le vio entrar en el vestíbulo del hotel.

—¿Dónde infiernos se metió usted, Jordan? —Gruñó.

Tenía cara de sueño. Scott se encogió de hombros.

—Les dije que no admitiría intromisiones en mi vida privada, Varney.

—Tonterías. Logró dar esquinazo a nuestro hombre, pero a juzgar por su aspecto ha pagado un buen tributo por su temeridad...

—Sólo tuve un ligero accidente.

—¿De veras? Cualquiera creería que se peleó con un gato montés.

Se dirigió al elevador escoltado por el federal. Mientras subían hacia el piso, Varney remachó:

—Estoy seguro que acudió a la cita con la mujer del teléfono, Jordan.

—Me reuní con una chica, eso es todo.

—Pamplinas. Pero si ella está mezclada en esto de alguna forma, usted, con su actitud, la pone en un peligro evidente... ¿Ha pensado en eso quizá?

Salieron al pasillo donde estaba la habitación de Scott. Éste se detuvo ante su puerta y gruñó:

—Mire, son las once de la mañana y estoy cansado, dolorido, soñoliento y furioso, de modo que lárguese y déjeme en paz, o le arrojaré escaleras abajo. ¿Ha comprendido?

Varney enseñó los dientes en una mueca.

—Por el momento —dijo—, estoy instalado en esa otra habitación...

—Ya sé, pegado a su micrófono ultrasensible... Diviértase.

Entró y le cerró la puerta en las narices al federal.

Se desvistió rápidamente. Era cierto que se sentía agotado y dolorido. Entró en la ducha y dejó que el agua helada azotara su cuerpo durante unos minutos, relajándolo. Tras esto, se envolvió en las sábanas y quedó dormido profundamente.

* * *

Le despertó el timbre del teléfono. Luchó para volver a la vida, pensando que sólo había dormido unos minutos y maldiciendo al inoportuno.

Tanteó en la mesita hasta descolgar el auricular y cortar así el agudo sonido que torturaba su dolorido cerebro.

—¡Hable!

—¿Jordán?

—Sí.

—Aquí el teniente De Castro.

—¡Maldito sea! Podía haber llamado más tarde..., acabo de acostarme, lo crea usted o no.

—¿Qué? ¡Pero si son las siete de la tarde!...

—¿Las siete? No puedo creerlo.

—¿Qué demonios le pasa, Jordan? Necesito hablarle cuanto antes.

—Hágalo, le oigo muy bien.

—No por teléfono. Venga a mi despacho.

—¡Escuche...!

—Eso es todo.

Sonó un chasquido y el teléfono quedó mudo. Mascullando entre dientes, se incorporó buscando a tientas su reloj.

Señalaba las siete y cinco minutos. Había dormido durante todo si día.

Se vistió dudando entre llamar a Sharon o esperar hasta después de entrevistarse con el policía. De todos modos, decidió telefonar desde cualquier teléfono público, ya que desde la habitación de al lado el federal debía estar pegado a su micrófono.

Incluso era posible que hubiesen intervenido el teléfono... Debería advertir a la muchacha al respecto.

Salió, fue a la puerta de al lado y llamó con los nudillos.

La cara soñolienta de Varney asomó al instante.

—Si le interesa saberlo, esta vez voy a la central. El teniente De Castro quiere verme.

Dejó al agente federal mascullando entre dientes y se alejó, riéndose suavemente. Antes de llegar a las escaleras oyó el retumbante portazo que sonó en el pasillo como un tiro.

* * *

De Castro tenía el respaldo del sillón apoyado en la pared y los pies sobre la desordenada mesa de vieja madera. No se movió cuando Scott entró en el despacho.

—Siéntese, Jordan —invitó solamente.

Éste se derrumbó en la silla, ante la mirada cariosa del policía.

—¿Qué le pasó en la cara, se peleó con un gato?

—Tuve dificultades con una rubia. Llevaba las uñas largas.

—Ya...

—Al grano, teniente.

De Castro dio un vistazo a una hoja de papel mecanografiado que tenía sobre otros papeles.

—Giuseppe Massotti y Jay Hammond. ¿Recuerda esos nombres, los ha oído alguna vez?

Sacudió la cabeza.

—Nunca. ¿Quiénes son?

—«Eran».

—¿Los dos tipos del muelle?

—Justamente. Los hemos identificado.

—Oí que a uno le llamaban Barry —terció, extrañado.

—Barry Hahn; era un nombre supuesto de Hammond. ¿Seguro que no había oído esos nombres con anterioridad?

—Completamente seguro. Oiga, ¿qué diablos le pasa a usted? Yo acababa de desembarcar cuando sucedió todo esto.

—Sí, sí, pero es todo muy extraño. Falta una pieza o varias en el cuadro.

—Escuche, a ustedes les pagan para buscar precisamente esas piezas. Por mi parte, tengo suficiente con el asedio de los federales para que encima tenga que soportarle a usted.

—Tómelo con calma, Jordan. Tengo más noticias para usted.

Suspiró, resignándose.

—Muy bien, adelante si eso le divierte.

—Hammond había cumplido dos condenas por robo hace años. Después de ser puesto en libertad desapareció. Ahora resulta que tenía dinero en grande y nadie sabe de dónde lo sacaba.

—¿Y el otro, ese de nombre italiano?

—¿Massotti? Bien, digamos que éste sí tenía un medio de vida... Era el propietario del restaurante de los laboratorios Cornwell... Un magnífico negocio, dicho sea de paso.

Algo en la voz del policía obligó a Scott a aguzar su atención.

—¿Adónde quiere ir a parar? —masculló—. Si tenía un buen negocio, lícito, ¿por qué actuaba como pistolero?

—Ahí está el nudo de la cuestión, Jordan... ¿Por qué?

—Un momento... ¿Qué es eso de unos laboratorios...?

—Cornwell; física, química y programas de fabricación para el Gobierno. Contratos para el ejército y todo eso.

—Creo que lo entiendo.

—Ajá. ¿Qué poder pudo empujarle a jugarse la vida precisamente en el asesinato de un federal?

Scott encajó las mandíbulas.

—Le tenían sujeto. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Probablemente. Extorsión. Es su sistema preferido. Aunque cabe en lo posible que Massotti actuara por convicción. Eso no lo sabremos hasta profundizar bastante más en su vida.

—Eso puedo entenderlo perfectamente, De Castro. Es casi seguro que Massotti trabajaba para los rusos o para los chinos de Mao. Lo que no entiendo bien es por qué demonios me ha hecho venir aquí. Todo este folletín no tiene nada que ver conmigo.

El teniente sonrió con ironía.

—Hoy tengo noticias de todos los calibres... Por ejemplo, hemos tratado de reconstruir todo lo sucedido en el muelle, antes y después de que usted se cargó a esos dos puntos, valiéndose de sus manos... Bueno, y de sus pies también, no lo he olvidado —terminó con soma.

—¿Por qué no habla claro de una maldita vez? Tengo la impresión de que quiere jugar al gato y al ratón conmigo.

—Despacio, Jordan, permítame exponerlo a mi manera. En principio, su relato me sonó muy raro... Usted saltó por encima de

la valla que separaba el lugar de embarque de un buque que se disponía a zarpar, del que había sido utilizado por su propio barco. ¿Correcto?

—Usted lo sabe bien.

—Bueno, reconstruimos los hechos, tal como le he dicho. Usted vio correr al federal hasta que aquella mujer apareció entre los equipajes. Entonces varió de rumbo y se dirigió hacia ella con tanto ímpetu que la derribó. Se debatieron unos instantes en el suelo los dos, mientras usted corría a prestar ayuda a la dama...

—Exacto. El federal debía encontrarse sumamente nervioso, puesto que no ignoraba que los pistoleros le pisaban los talones.

—Justamente; eso explica su precipitación cuando chocó con esa mujer. Entonces, repentinamente, se levantó y echó a correr directamente al muelle, como si se dispusiera a arrojar al agua. ¿Fue así?

—Ni más ni menos. Fue cuándo le dispararon, matándolo.

—Ahí es donde suena la nota falsa de este concierto. Esa actitud de un hombre como el agente federal, adiestrado a fondo, resulta absurda, incongruente.

Jordan se irguió en la silla.

—¿Qué demonios quiere decir?

El teniente suspiró pacientemente.

—O usted mintió por alguna razón, amigo, o las acciones del tipo de Washington obedecían a un fin determinado. Es así de sencillo.

—¿Por qué no creer que había perdido la serenidad a causa de saberse acorralado?

—No puedo admitirlo. Llevaba su revólver de reglamento y no intentó siquiera utilizarlo. Un hombre desesperado lucha como gato panza arriba para salvar el pellejo. El no peleó y le mataron cuando huía como un conejo. Los agentes federales no actúan así. Pueden discutirseles muchas cosas, pero no su valor.

—Creo que empiezo a entenderlo, De Castro.

—Seguro, no es tan difícil. Ahora, dígame, ¿mintió usted acaso?

—No, teniente.

—Entonces sólo nos queda una salida: el federal obró de modo tan suicida por una razón determinada y muy poderosa.

Scott se estremeció cuando la idea le asaltó como un rayo.

Creyó que el policía notaría la súbita tensión que se apoderó de todo su ser.

Pero De Castro estaba lleno de otras ideas y ni siquiera le dedicó una mirada.

—Otra cosa que está muy oscura en su relato, Jordan, es lo referente a la dama.

—¿Qué pasa con ella?

—Estuve pensando mucho en esa señora y en los motivos que podía tener para deambular por entre los equipajes que iban a ser embarcados en cuestión de minutos.

—¿Y...?

—Bueno, se me ocurrió que quizá fuera una viajera de ese buque. Hice algunas preguntas aquí y allá, usted sabe, y resultó que una pasajera no lo había tomado, a pesar de tener su pasaje adquirido y en regla. Incluso había pasado ya la aduana.

—Tal vez lo perdió —aventuró, inquieto.

—Nada de eso —revolvió entre los papeles que llenaban la superficie de su mesa hasta que encontró una nota—. Hace apenas media hora he recibido los datos de nuestra misteriosa dama, Jordan... Aquí los tengo, escuche: Sharon White, Boulder Street número ciento seis. ¿Qué le parece?

—Ésa es la dirección de una mujer que perdió su barco, pero nada indica que sea también la que tuvo el violento encuentro con el federal.

—Eso falta comprobarlo, por supuesto. Usted insiste en que no la vio...

—En ningún momento.

—Pero oyó su voz.

—Efectivamente.

—Me pregunto si reconocería esa voz en caso de oírla otra vez.

—Lo dudo... sonaba tensa y precavida, asustada. En esas circunstancias el tono cambia forzosamente.

De Castro cabeceó, asintiendo, como si hubiera esperado esa respuesta. Luego dijo:

—Creo que le haré una visita a la dama en cuestión.

—¿Qué espera conseguir con eso? Aunque fuera la mujer del muelle...

—Me limito a atar todos los cabos, Jordan. Otra cosa; supe el

atentado de que fue víctima... Esos federales le salvaron la vida en el momento crítico, ¿no es cierto?

—Fue una intervención afortunada.

—Mucho. ¿Le interrogaron a fondo?

—Poco más o menos como usted. Insistieron en que colaborase con ellos.

—¿Y...?

—Les mandé al infierno.

De Castro sonrió entre dientes.

—Apuesto a que no les gustó. ¿Qué querían que hiciera?

Se encogió de hombros.

—Exactamente no lo sé. Quizá también ellos piensan que soy quien tiene el nudo de este asunto.

—¿Y no es así?

La pregunta cayó con tanta naturalidad que por un instante Scott se sintió desconcertado.

—¿Usted también? —replicó al fin—. Creía que había quedado establecido, sin lugar a dudas, que ni siquiera me acerqué al federal.

—Claro, claro... Olvídelo, Jordan.

El policía se levantó, como dando por terminada la entrevista.

Inquieto, Scott le imitó.

—¿Está decidido a interrogar a esa mujer, De Castro?

—Ahora mismo. ¿Por qué?

—Estaba pensando... Quizá pudiera acompañarle y tratar de identificar su voz.

El teniente le miró especulativamente. No podía adivinar que Scott deseaba estar al lado de Sharon cuando el policía formulara sus preguntas.

—¿Por qué no? —rezongó al fin—. Vamos allá, pero yo seré quien hable. Usted mantendrá la boca cerrada mientras dure la entrevista. ¿Conforme?

Asintió con un gesto.

Abandonaron el despacho. El teniente le dejó solo el tiempo de repartir algunas órdenes a sus hombres. Después, salieron del viejo edificio y dieron vuelta a la esquina para ir en busca del coche, en el aparcamiento oficial.

Condujo De Castro por entre un tráfico denso como melaza. Durante el trayecto, Scott abrigó la esperanza de que Sharon

estuviera ausente, de modo que él podría ponerla sobre aviso más tarde, pero cuando llegaron a las inmediaciones de la casa descubrió el «De Soto» frente a la puerta y su esperanza se esfumó.

El policía encontró dificultades para estacionar, y al fin lo hizo frente a una boca de incendios. Jordan gruñó:

—Supongo que no pagará las multas con el erario público.

—Nunca las pago —rezongó De Castro.

Atravesaron la acera. Al llegar junto a la puerta se dieron cuenta de que no estaba cerrada del todo.

El teniente la empujó y ambos entraron.

CAPÍTULO XII

Petrificado, miró a su alrededor el bárbaro desorden de la coquetona salita.

Como si viniera de muy lejos oyó la voz del policía cuando gruñó:

—Se han peleado aquí, no cabe duda...

—¡Maldita sea, De Castro! Si le ha sucedido algo a Sharon los haré pedazos. No llegarán vivos al jurado.

—¿De qué está hablando?

Dios unos pasos por la devastada estancia. Los signos de lucha eran inequívocos. Volviéndose, se encaró con el policía.

—Si usted la descubrió igualmente pudieron localizarla ellos, teniente.

—¿Ellos?

—No sé exactamente quiénes son..., pero los encontraré así se escondan en el infierno.

—De modo que es así... Usted conocía a esa mujer, Jordan.

—No la conocía antes de anoche y ahora maldito si le cuento la historia. Hay otras cosas más importantes que hacer.

—No se exalte, Jordan. Quiero saberlo todo antes de dar la alarma.

Se volvió poco a poco y sus ojos grises, helados como los hielos del polo, se clavaron en el rostro del policía.

—No voy a decirle una palabra más, teniente. Excepto ésta: si es usted el traidor nada le salvará de morir a mis manos.

De Castro pegó un salto.

—¿Se ha vuelto loco, Jordan? ¿A qué viene eso?

—El federal le recomendó a la muchacha que no acudiera a la policía... ¿Se da cuenta? Sabía que había una filtración en algún

cargo policíaco, alguien que caería sobre ella como un buitre tan pronto se confiara... Y usted la ha descubierto esta mañana.

—De modo que me acusa de traidor a mi patria, de policía vendido o algo así, ¿no es cierto?

—Sólo ha sido una advertencia.

De Castro sacudió la cabeza.

—Está chiflado, Jordan, no me cabe duda. ¿Eso le contó esa dama?

—Sí.

—Le mintió. O, en caso contrario, el traidor debe estar por encima de mí. ¿Desde cuándo un teniente de policía se considera importante?

Scott ahogó una sarta de maldiciones. Pero de pronto pensó en otra cosa y se puso rígido.

—¿Qué le pasa ahora?

—El puerto... El almacén del puerto donde se proponían llevarme a mí. Les oí cuando hablaban de eso en el coche.

—¿Qué coche? ¿De qué habla?

—Si son los mismos, allí la habrán trasladada.

—¿A un almacén de los muelles?

—Sí.

—Los hay a millares. ¿Cómo infiernos vamos a localizar uno determinado?

—No lo sé... ¡No lo sé, condenación! El policía es usted... ¡Piense algo, haga algo!...

—Es inútil si no disponemos de la menor pista.

—¡El coche!... —estalló Scott de pronto.

—¿Qué coche? ¿Tiene la matrícula?

—Cuando me cargaron a él no estaba en condiciones de anotar ninguna matrícula. No obstante, hay un indicio... Es un «Cadillac» negro, y debe tener una profunda raspadura, o una abolladura en el lado derecho de la carrocería. Si ese coche está en las inmediaciones de un almacén, ya los tenemos.

—No tenemos nada, pero intentaremos sacar algo en limpio de ese coche...

Se precipitó al teléfono, marcó un número y ladró una catarata de órdenes que demostraron a Scott que, en cuanto surgía la mínima oportunidad de acción, De Castro no titubeaba en cargar

con todas las responsabilidades que fueran precisas.

Cuando colgó el auricular, gruñó:

—Estoy arriesgando el cargo, Jordan..., para desencadenar una batida como ésta debía haber consultado primero con mis jefes. Ojalá no tenga que lamentarlo.

—Vámonos de aquí —rezongó Scott, profundamente preocupado por Sharon—. Si hay alguna noticia se la transmitirán a su despacho, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—Entonces, esperaremos allí.

—Me gustaría estar seguro de que soy yo quien da las órdenes en este caso, Jordan...

Éste se dirigió a la puerta sin hacer caso del sarcasmo.

Sólo que el policía le dio alcance, deteniéndole.

—Un momento, amigo.

—¿Qué pasa ahora?

—Estaba pensando que esa gentuza deben creer que usted es quien posee la clave de este enigma..., el hombre que recogió lo que fuera del federal, en el muelle, Por lo menos, eso parece desprenderse de todo cuanto ocurre.

—Sí, eso creo.

—Entonces, el rapto de esa chica sólo puede tener una finalidad: presionarle. La vida de la dama a cambio del informe. ¿O no se trata de un informe?

—No empiece otra vez.

—Pero es así, apostarí la cabeza.

—¿Y qué con eso? La situación es la misma.

—A mi modo de ver, hay algunas diferencias. Si quieren presionarle se comunicarán con usted en el hotel, que es donde pueden localizarle. ¿Entiende ahora?

—Quizá esté en lo cierto...

—Vaya a su habitación y espere allí. Yo haré lo mismo en mi despacho y el primero que reciba noticias llamará al otro. ¿Conforme?

Tras un ligero titubeo, Scott gruñó:

—Conforme, pero hay un inconveniente... Los federales me tienen controlado en todo instante. Incluso instalaron un micrófono de contacto en la habitación contigua a la mía. Si me llaman se

enterarán de todo lo que hable.

—Bueno, habrá que informarles de todos modos. El rapto es un delito federal. Además, todo este asunto gira en torno al espionaje, de manera que yo debería mantenerme al margen. Pero los asesinatos sí son de mi incumbencia y eso me da pie para meter la nariz en semejante avispero.

Scott abrió la puerta. De Castro se dispuso a seguirle muy preocupado, y en el mismo instante que trasponía el umbral sonó el teléfono.

Ambos se miraron, indecisos. Luego, Scott saltó hada el aparato, descolgándolo de un zarpazo.

—¿Quién habla?

—Usted debe ser Jordan. ¿Cierto?

—Scott Jordan.

—Sabía que le encontraría aquí. He probado antes en su habitación del hotel, sin resultado.

—¡Al grano!

—Como habrá advertido, tenemos a su dama. No hemos podido arrancarle una palabra de momento, pero eso es sólo cuestión de tiempo. Le aseguro que acabará por hablar.

—¡Y yo le aseguro que ningún poder en la tierra podrá salvarle si le hace el menor daño!

—Tranquilo, Jordan... Usted tiene algo que nosotros queremos. La vida de la chica a cambio de ese microfilm.

—¿Pretende que confíe en su palabra?

Oyó una risita burlona.

—No tiene alternativa. ¿Qué decide?

—Quiero asegurarme de que ella está viva, hijo de perra.

—No se altere... Por supuesto que está viva; escuche.

Sonó un gemido, y después la voz alterada de Sharon:

—¡Scott!

—¿Cómo estás nena, te han hecho daño?

—No..., sólo cuando luché en mi casa. Pero se proponen hacerme cosas horribles, Scott.

—No te harán nada, primor. Dile a ese bastardo que vuelva a tomar el auricular.

—Sí, Scott... ¡Pero no vengas, lo soportaré todo si...!

Hubo un forcejeo. La obligaron a callar y de nuevo la voz

calmosa del hombre dijo:

—Si hace caso al consejo de su dama, Jordan, cuando la vuelva a ver tendrá que mirarla dos veces para reconocerla. ¿Decidido?

—No me dejan alternativa —miró desesperado a De Castro, que se había acercado y escuchaba pegado al auricular.

—Excelente, Jordan. Ahora, despídase del policía que le acompaña y regrese a su hotel. Allí recibirá las instrucciones, más tarde.

La comunicación se cortó en seco. Atónito, murmuró:

—¿Cómo saben que estamos juntos usted y yo, teniente?

—Eso es fácil; o mantenían vigilada esta casa con la esperanza de que usted viniera, o le han seguido desde su hotel hasta mi despacho y luego hasta aquí. Son buenos profesionales, no cabe duda.

—¿Ha entendido lo que me han ordenado?

—En líneas generales, sí. ¿Qué piensa hacer?

—¿Tengo alguna oportunidad de salvar a Sharon?

—Mucho me temo que no, a menos que localicemos el «Cadillac».

—Hay algo más... He reconocido esa voz, De Castro.

—¿La del tipo que hablaba?

—Era Cassidy, el rufián a quien el agente federal le metió un plomo cuando escapaba.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Bien, seguiremos las instrucciones hasta donde sea posible. El resto deberemos dejarlo a la suerte. ¿Tiene usted un arma?

Pensó en las automáticas de los pistoleros, arrojadas al mar para evitar que fueran identificadas las huellas y los proyectiles.

—No.

—No puede pelear con las manos vacías contra toda una pandilla. Le facilitaré un revólver. Vámonos, Jordan.

De regreso al despacho del teniente, éste se agenció un potente «38» de reglamento, con su correspondiente dotación de cartuchos.

—Tenga mucho cuidado con él y no lo use si no es un caso desesperado. Los dos nos veremos en aprietos si se pasa de rosca. ¿Entendido?

—Olvídelo.

Se embolsó el revólver, estrechó la recia mano del policía y se dirigió directamente al hotel.

Aquella espera iba a ser el tiempo más terriblemente largo que vivió jamás.

CAPÍTULO XIII

El teléfono no dio señales de vida hasta pasadas las diez de la noche, cuando sus nervios se habían tensado hasta extremos dolorosos.

La misma voz que ya conocía, dijo:

—¿Jordan?

—Sí.

—Escuche bien, porque es importante que siga las instrucciones al pie de la letra.

—Adelante.

—Salga del hotel y diríjase hacia el final de la calle Grant. Camine por la acera sin prisas, como si diera un paseo. Deténgase en la esquina de las calles Glory y Grant, junto al poste de aparcamiento. ¿Está claro?

—Seguro.

—Espere allí, fume, de cortos paseos como si aguardase a una chica. Un auto le recogerá y le traerá aquí. ¿Conforme?

—Lo haré.

—Traiga el microfilm, por supuesto. Una vez comprobado, usted y la mujer podrán marcharse.

Sobre este punto, Scott sabía que el tipo mentía. No podrían dejarles libres después de tamaña jugada, de modo que les matarían a los dos.

Y esta vez tenían la mayoría de oportunidades a su favor para conseguirlo.

—¿Eso es todo?

—Sí; el resto dependerá de usted. No intente acudir a la cita armado. No le serviría de nada.

Colgaron y él hizo, lo propio. Miró hacia la pared, satisfecho de

que por sus lacónicas respuestas el federal de la otra habitación no sacaría mucho en claro de lo escuchado.

Sujetó el revólver en la pantorrilla con dos tiras de cinta adhesiva, subióse el calcetín y comprobó que podía andar normalmente sin revelar el aumento de peso. Tras esto salió de la habitación y descendió las escalera pausadamente.

No pudo ver el menor rastro de Varney, por lo que supuso que se habría quedado arriba, en la habitación, con la oreja pegada a su micro especial.

Siguió acera adelante. Estaba seguro de que le vigilaban, de modo que no se atrevió a telefonar al teniente desde un teléfono público. No le quedaba más alternativa que dejarse capturar.

Con las manos hundidas en los bolsillos, prosiguió rumbo a la esquina. Entre los dedos de la mano izquierda daba vueltas al pequeño cilindro de película fotográfica recortada en forma de microfilm. No podría engañar ni a un niño, pero todo lo que necesitaría serían unos segundos de distracción por parte de los pistoleros para descargar el golpe.

Se plantó en la esquina y encendió un cigarrillo. Diez minutos más tarde, el «Cadillac» negro, con una profunda abolladura en la portezuela delantera derecha, se deslizó junto al bordillo. La portezuela se abrió.

—¡Suba, Jordan!

Saltó al asiento y el auto se internó por el tráfico. Sólo había un hombre en él, el conductor, eficiente y seguro.

—¿Cómo se han decidido a mandarte a ti solo, rufián?

No obtuvo respuesta alguna.

—Sordo y mudo, ¿eh?

—¡Cierre la boca!

—Oh, bueno... ¿A dónde vamos?

Silencio.

Se recostó en el asiento. El coche se dirigió primero al oeste de la ciudad y después torció al sur. Comprendió que estaban muy cerca de los muelles de carga y de nuevo pensó en las palabras oídas cuando él mismo estuvo casi inconsciente dentro de ese coche.

El conductor manejó con cuidado por entre las estibas de mercancías prontas a ser cargadas. Los enormes edificios que

albergaban almacenes privados se elevaban, como moles oscuras, tétricas, recortándose contra el cielo estrellado y oscuro.

Cuando al fin se detuvo lo hizo en medio de una densa sombra proyectada por uno de los alargados depósitos de paredes desconchadas. Muy cerca chapoteaban las sucias aguas del puerto.

—Abajo, Jordan; el viaje ha terminado.

Se apeó, descubriendo entonces una portezuela lateral, metálica, sobre la que el chófer golpeó con los nudillos.

Otro hombre asomó por ella. Le miró y sonrió con una mueca.

—Le aseguro que ella está impaciente por verle, pichón...

Entró.

El hombre dijo, ya sin ironía alguna:

—Coloque las manos sobre la cabeza, Jordán.

Obedeció y le registraron rápidamente. Ni por asomo se les ocurrió que podía llevar un arma en el calcetín. Era su oportunidad, el clásico clavo ardiendo al que agarrarse en el último minuto.

—Siga adelante, Jordan...

Le propinaron un empujón que casi le tiró de bruces. Les oyó reír tras él y avanzó en la penumbra hacia la luz que brillaba al fondo.

Sharon estaba sentada a una silla, atada de pies y manos. Le miró y todo el amor que sentía asomó a sus pupilas en aquellos instantes.

—¡Oh, Scott, no debiste venir! —sollozó.

—Tenía que hacerlo, pequeña.

Se enfrentó con el hombre vestido de negro. A su lado, sentado en una silla, estaba Cassidy. Cuatro hombres armados y rudos, contra uno solo. No le gustó la proporción, especialmente contando con que la muchacha era un terrible freno en caso de lucha.

Fue el hombre de oscuro quien dijo, con su acento extraño:

—Deme el microfilm, Jordan, no perdamos tiempo.

—Más despacio. Si esperan que confíe en su palabra de dejarnos salir de aquí después, están locos.

—Le dije por teléfono que no tenía opción —saltó Cassidy, furioso—. ¿Lo ha traído, sí o no?

Hundió la mano en el bolsillo y sacó el diminuto rollo.

—Aquí está.

Lo arrojó sobre la mesa. Rodó hasta el borde y el hombre de

negro se precipitó a cazarlo, sólo que no fue lo bastante ágil y la película cayó al suelo.

Cassidy, herido en el hombro, no hizo ademán alguno para recogerlo. Scott se aproximó a Sharon y le acarició el largo cabello negro, inclinándose sobre ella.

La besó en el cuello y ella se puso rígida. Él susurró con rapidez:

—Cuando empiece la lucha, arrójate al suelo con silla y todo. ¡Ten confianza en mí!

—¡Te quiero, Scott, te quiero!

Cassidy soltó una risotada.

—Una escena tierna, capaz de conmover a una piedra. ¿Les ha conmovido a ustedes, muchachos?

Los dos pistoleros se echaron a reír, al tiempo que el hombre de negro se levantaba después de alcanzar el diminuto rollo.

Tras la silla de la muchacha, Jordan dobló la pierna derecha poco a poco, tratando de no mover el resto del cuerpo. Sus dedos rozaron la culata del «38», se cerraron alrededor de ella...

El hombre vestido de negro intentó examinar el microfilm mirándolo a contraluz, pero era demasiado reducido para ello.

—Quiero asegurarme... Después podrás hacer lo que quieras con ellos, Cassidy.

—El tipo no me interesa. Pero la muchacha, sí. ¡Ya lo creo que me interesa la dama!...

Jordan dio un seco tirón, arrancando las tiras adhesivas. Un latigazo doloroso le sacudió, pero ya tenía el revólver empuñado tras la silla.

Debía desviar el peligro de la muchacha. Y las palabras de Cassidy retumbaban una y otra vez en su cerebro...

Repentinamente, dio un prodigioso salto de costado y gritó una advertencia a Sharon. Estaba todavía en el aire cuando apretó el gatillo y vio saltar a Cassidy fuera de su silla, con una mirada de inmenso estupor en los ojos.

Rebotó Scott contra el suelo. Fugazmente, pudo ver a la joven cómo rodaba atada a su silla hasta desplomarse a un lado, lejos de las posibles líneas de tiro.

El hombre de negro vociferó una seca orden. Los dos pistoleros sacaban ya sus armas. Jordan regresó con la mente a las selvas atestadas de peligros, donde la piedad era desconocida, donde

jamás se concedía cuartel al enemigo...

El revólver tronó una y otra vez, en un fantástico alarde de velocidad y reflejos, ya que mientras disparaba, él mismo rodaba de un lado a otro para huir de los disparos de sus enemigos.

Sólo uno consiguió disparar y la bala se incrustó en el suelo, a una pulgada de la cara de Scott. Después, le llegó la muerte y cayó sobre su compinche.

Jordan se revolvió salvajemente buscando al hombre vestido de negro con la mira del revólver. No estaba tras la mesa. Le vio al fondo del almacén, confusamente a causa de la oscuridad, corriendo en zigzag como un gamo...

Se levantó de un brinco y disparó contra él, fallando. Al fin había tropezado con un enemigo que sabía cómo portarse en cada ocasión.

Levantó el revólver despacio...

Entonces, la puertecita por la que él mismo entrara antes, se abrió y una pistola llameó en ella, alumbrando con relámpagos anaranjados la oscuridad.

El hombre vestido de negro se detuvo en seco, retrocedió a trompicones y al fin se desplomó igual que un fardo.

Jordan suspiró, guardando el revólver casi vacío, y de un salto estuvo junto, a Sharon, levantándola. Ella sollozó:

—¡Scott..., hay alguien allá al fondo!

—Polizontes, sin duda. Deja que te libre, pequeña mía...

Luchó con las ligaduras y consiguió soltarle las manos. Estaba inclinado sobre los tobillos cuando la voz de Varney retumbó allí al fondo, triunfante:

—¡Ya lo tengo..., el maldito microfilm!

Ladeó la cabeza. Le vio arrodillado, alumbrándose con una linterna eléctrica.

Bueno, que se lo quedara. Ya saldría de su error muy pronto.

Acabó de soltar a la muchacha y se levantó. Vacilante, Sharon se echó en sus brazos buscando un refugio seguro a su terror y su ansiedad de aquellos fugaces y terribles instantes vividos.

Entonces, mucho más cerca, la voz de Varney advirtió:

—Sigan abrazados, Jordan, porque si trata de soltarla la mato.

Le miró por encima del hombro de la joven.

—De modo que era usted de quien desconfiaba su compañero

Colton...

—¿Desconfiaba? Mi nombre consta en esta lista que usted ha sido tan amable de facilitarme. Yo sabía que acabaría por sacar el microfilm..., por eso insistí en vigilarle personalmente.

—Ya veo. Y ahora piensa matarnos.

—¿Cree que tengo otra alternativa? Yo le salvé la vida cuando me interesaba que siguiera vivo. Ahora se la quito y podemos decir que estamos en paz.

Scott juró para sus adentros haber sido tan estúpido de guardar el revólver. Intentó separarse de la paralizada muchacha, pero Varney dijo, riendo:

—Tiene usted prisa en morir... Bueno, mi revólver es un «38» y, a esta distancia, las balas les pasarán a ambos de parte a parte... Buen viaje, Jordan...

—¡Espere!

Semejó el retumbar de mil truenos cuando los disparos se sucedieron con velocidad vertiginosa. Obrando por puro instinto, Jordan empujó bárbaramente a la muchacha, derribándola y cayendo sobre ella..., tal vez así pudiera protegerla y las balas sólo se cebarían en él...

Los disparos cesaron y sólo quedó el eco y el olor a cordita, acre y picante. ¡Y no sentía ningún dolor, y podía pensar, y estrechar entre sus manos febriles el cuerpo estremecido de Sharon!

Un cuerpo golpeó el suelo junto a él. El rostro desencajado por la muerte de Varney, el traidor, pareció mirarle desde el infinito abismo del tiempo.

Unos pies recios avanzaban presurosos en la oscuridad del almacén.

—¿Jordán...? —La voz tembló imperceptiblemente—. ¿Está usted bien, Jordan?

—¡De Castro! —exclamó, levantándose de un brinco.

Ayudó a la muchacha, que miró al policía como si no le viera. Más allá del teniente, se movían las oscuras formas de varios agentes de uniforme.

—El coche —jadeó De Castro—. Lo vieron cuando se dirigía hacia aquí y radiaron el informe... También me dijeron que otro auto parecía seguirlo... Bueno, parece que llegamos a tiempo, ¿no?

Sharon susurró:

—Sácame de aquí, Scott, por Dios.

De Castro refunfuñó:

—No tan aprisa, muchacha; primero hay cierto asunto referente a un microfilm, que ya es hora de poner a buen recaudo. ¿Jordan?

Éste suspiró.

—Usted gana, teniente. Le confieso que al principio pensé hacer negocio antes de entregarlo a las autoridades... En fin, alguna vez debía empezar a acostumbrarme a la vida civilizada.

—¿Dónde está? —Se impacientó De Castro.

El se volvió hacia la muchacha. Uno de los policías encontró las llaves de las luces y las encendió.

—¿Qué bolso llevabas la otra noche en el muelle, Sharon?

Ésta parpadeó, deslumbrada, cegada por las súbitas luces.

—El mismo que ellos me quitaron cuando llegamos aquí... Lo arrojaron a un rincón, creo. ¿Por qué, Scott?

—Es sólo una corazonada, una idea inspirada por la exposición que usted me hizo en su despacho sobre los motivos del federal al atraer sobre él a los pistoleros capitaneados por Cassidy... Aprovechó el encontronazo con Sharon para deslizarle el microfilm en el bolso.

—¡Mil diablos! ¿Está loco?

—Busque el bolso y compruébelo.

La muchacha susurró, frotándose los ojos:

—Imposible, Scott..., lo hubiera encontrado...

—¿Tú sabes el tamaño que debe de tener? Tu barrita de *rouge* debe ser diez veces mayor.

—¡El bolso, señor! —anunció uno de los agentes.

De Castro lo vació sobre la vieja mesa. Soltó un rotundo juramento cuando el microfilm estuvo firmemente sujeto por sus grandes dedos y lo levantó en alto.

—¡Que me condene! —rugió—. Ha estado paseándolo la chica todo este tiempo...

Sharon venció el deslumbramiento.

—Apenas puedo creerlo —susurró.

Entonces, su mirada cayó sobre el pistolero la mitad de cuya cabeza había volado y dio un respingo. Sus piernas se aflojaron y susurró:

—¡Dios santo, Scott...!

Ése se volvió. Luego justo a tiempo de cazarla cuando se desplomaba, inerte.

De Castro enarcó las cejas.

—¿Qué le pasa ahora? No he jurado muy fuerte esta vez...

Jordan gruñó:

—Voy a llevármela de aquí, teniente. Cuando nos necesite nos encontrará en casa de Sharon. ¿Conforme?

Les miró. Toda la rudeza de su rostro pareció esfumarse de repente.

—Entiendo..., creo que podrá esperar hasta mañana. Seguro, les llamaré por teléfono durante la tarde de mañana. Me ocuparé de todo este matadero... ¡Eh, un momento, Jordan!

Éste se volvió en redondo cuando ya se encaminaba a la puerta.

—El revólver..., no quiero que me meta en más líos.

Tira usted como un demonio.

Él tenía las manos crispadas sosteniendo la dulce carga de la mujer que amaba. Dijo:

—Está en mi bolsillo..., ahí.

El teniente se apoderó del arma y la miró, dubitativo.

—No creo que necesitemos comprobar de qué armas salieron los proyectiles. Estos tipos murieron al resistir a la policía... En cuanto a ese perro traidor... En fin, ¡largo de aquí, Jordan!

Éste ya había desaparecido. De Castro sonrió. Uno de los agentes sonrió a su vez. El ensombreció el rostro y maldijo en todos los tonos. El policía dio un salto y corrió hacia el teléfono para hacer cumplir órdenes.

Él tampoco sonreía ya.

Pero Jordan sí sonreiría, seguro.

Tenía un motivo excelente para sonreír, reflexionó De Castro, mientras paseaba de un lado a otro, rodeado de cadáveres; un motivo condenadamente bueno para sonreír y algo más.

Sharon era el más hermoso motivo que él viera jamás.

Y había visto muchas, se pavoneó para sus adentros.

Pero no como Sharon...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.